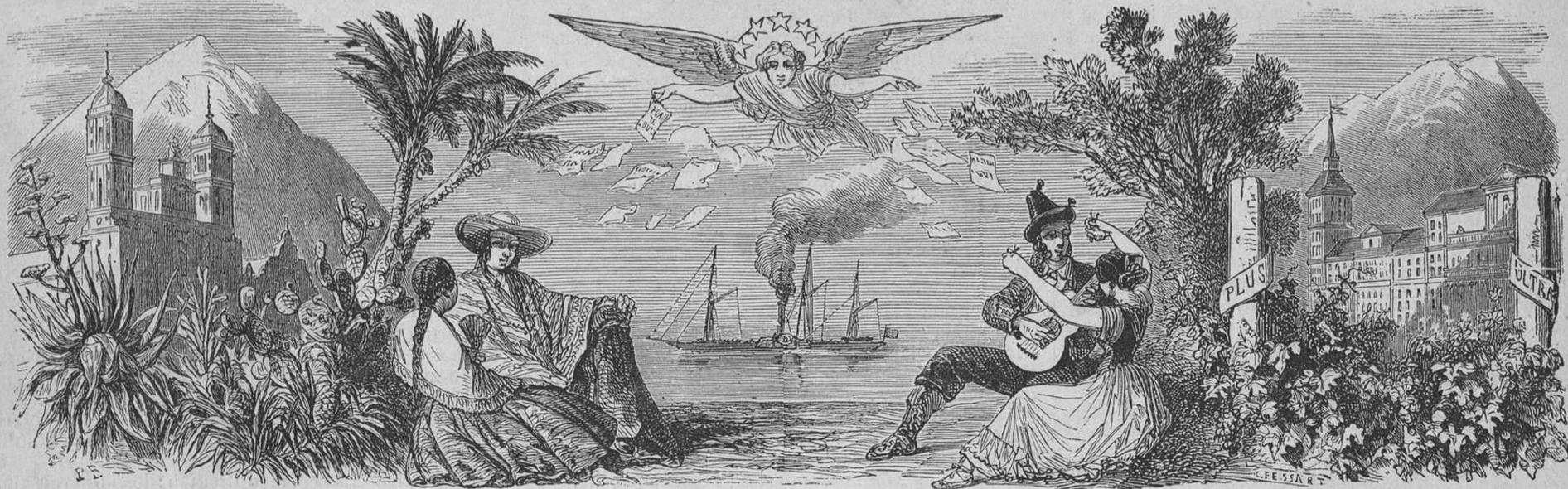


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 769.

SUMARIO.

Evacuacion del Luxemburgo; grabados. — Retratos á la pluma : Cárlos Frontaura. — Estudios literarios : Shakspeare.

— El congreso de la paz en Ginebra; grabados. — Revista de Paris. — Poesias. — Exposicion universal de 1867; grabados. — Revista de la moda. — Debe y haber, novela escrita en aleman por Gustavo Freitag. — Venados en acecho, por

Bodmer; grabado. — Oliverio, novela escrita en inglés por Cárlos Dickens. — Inauguracion de la estatua de M. Billault en Nantes; grabado.



EVACUACION DEL LUXEMBURGO. — Desfile del último batallon de la guarnicion prusiana, delante de S. A. R. el principe Enrique de los Países Bajos.

Evacuación del Luxemburgo.

Acabamos de asistir al desenlace de esta cuestión que tanto ha preocupado á la Europa hace algunos meses. El gran ducado de Luxemburgo, que ha salido de la Confederación germánica, no tiene ya un soldado prusiano en su territorio. La evacuación de la fortaleza y de la ciudad se ha operado sin ruido, metódicamente y en los términos y plazos estipulados por la conferencia de Londres. Esta plaza, considerada desde hace dos siglos como una de las más importantes de Europa, no tiene ya nada de aquella animación guerrera que la caracterizaba hasta el día.

Ahora es una ciudad abierta y neutral, aunque todavía no se han destruido las fortificaciones. Sin embargo, los Estados reunidos en junio último declararon solemnemente que las formidables murallas no eran ya una amenaza para nadie. Las fortificaciones se conservarán pues, al menos en parte. Con efecto, no se podrían destruir las murallas naturales de Staphenthal, Grund y Petrusse, sin comprometer la solidez de las propiedades urbanas, sobre todo las que dominan el Grund. Al Sur y al Oeste, esto es, hacia la Francia y la Bélgica la operación sería más fácil y permitiría el ensanche de la ciudad. En el caso en que más tarde cambiara la actual situación, se daría otro ensanche á las fortificaciones.

Tal es en sustancia la declaración de los Estados. Por el pronto no se sabe á punto fijo por qué medios el país neutralizado se pondrá de acuerdo con los términos del convenio de Londres. Sin embargo, lo que se cree es que el gran duque abrirá sencillamente la ciudad, suprimiendo las puertas, y las murallas quedarán como un ornato y una curiosidad.

Antes de dejar la fortaleza, los prusianos han liquidado la antigua situación. No ocupaban la plaza sino como representantes de la Confederación germánica, y la fortaleza era federal, lo que quiere decir que había sido armada á expensas de todos. Bajo este concepto, todo el material de guerra ha sido vendido y el producto de esta venta se ha repartido entre todos los Estados confederados. Se puede juzgar la importancia que tenía la plaza de Luxemburgo por el dinero que le tocará al gran ducado. En la Dieta el Luxemburgo no tenía más que una voz y recibirá por su parte 200,000 francos.

El contingente que suministraba el Luxemburgo á la Confederación era de 2,000 hombres; es probable que en lo sucesivo solo se conservará de estas tropas lo necesario para la seguridad de los ciudadanos y las propiedades.

Al negar su adhesión á la nueva Confederación del Norte, el Luxemburgo ha conquistado su independencia. No obstante, un tratado con el nuevo Zollverein le mantiene un lazo con la Prusia que no sabemos si será favorable á sus intereses comerciales é industriales. El porvenir dirá si estos no están más bien por el lado del Sur y del Oeste.

G. B.

Retratos á la pluma.

CARLOS FRONTAURA.

En aquellos tiempos en que los periódicos se escribían, se imprimían y se pregonaban por las calles, resonaba en las de Madrid un grito que tenía el privilegio de obligar á todos los que iban á pié á introducir la mano en el bolsillo, á sacar de él la cantidad de dos cuartos y á cambiarlos por un papel de cortas dimensiones que era y aun sigue siendo la delicia de un gran número de honrados, bonachones y pacíficos ciudadanos.

Este papel era un periódico, este periódico era *el Cascabel*.

Su propietario y redactor era un escritor de humorística pluma, muy aplaudido en el teatro por sus comedias y sus zarzuelas, muy celebrado como gacetillero y bastante apreciado como novelista de costumbres á lo Pigault Lebrun y Paul de Kock.

La historia de su periódico es uno de sus rasgos más característicos y uno de los sucesos más importantes de su vida.

Por este tiempo, hace cuatro años que un joven de veinte y ocho á veinte y nueve años, alto, enjuto, de ojos pequeños, de frente no muy ancha, de espléndidas narices, de boca entre burlona y seria, de cabellos negros, abundantes y formando al caer un conato de melena, paseaba tranquilamente con un amigo por una de las calles de árboles del Prado.

Su interlocutor era un poeta incipiente, entusiasta, febril, endecasílabo; hablaba de la «gloria del arte,» del «genio,» de los «laureles.»

El joven melenudo le oía como quien oye llover, no porque no fuese amable, atento y fino, sino porque estaba preocupado.

De pronto siente bajo su pié derecho un objeto que,

al contacto de la bota, se queja produciendo un imperceptible sonido metálico.

— ¿Qué es eso? pregunta el joven alto, que á pesar de sus anteojos ve poco.

— Un «cascabel,» le contesta su amigo... se habrá desprendido del collar de algún perro mimado.

— Cójalo Vd.

— Si no vale nada.

— Hombre, cójalo Vd., que no es lo que parece.

— ¡Si sabré yo lo que es!

Y cogiéndole se lo entregó.

— Gracias, amigo... me ha dado Vd. una fortuna.

— ¡Qué buen humor tiene Vd. siempre!

— Hoy estaba muy triste, buscaba un filon de oro y no le hallaba, pero ahora...

— Ahora tiene Vd. un cascabel.

— Sí, un cascabel que va á hacer mucho ruido.

Se despidieron; el poeta, que á pesar de ser poeta murmuraba del prójimo, refirió aquella noche en el Suizo lo que le había pasado; yo lo oí entonces y hoy lo recuerdo.

Ocho días después comenzaron los vendedores de periódicos á gritar por las calles:

— *El Cascabel, el Cascabel.*

El periódico empezó siendo una mina: en cada número había necesidad de aumentar la tirada, las suscripciones llovían, los pregoneros se disputaban los ejemplares; llegó una época en que la tirada se elevó á 30,000 números.

Cárlos Frontaura había encontrado la piedra filosofal. Estableció una imprenta, ensanchó la administración, entró por las doradas puertas de la vida, de las comodidades, del lujo, de la ostentación, y se echó coche.

Todo esto era obra de un cascabel, del cascabel que había encontrado, y que el poeta su amigo había despreciado por no haber visto en él más que un cascabel.

Frontaura, corto de vista y todo, tuvo mejores ojos que su amigo.

Hoy no es *el Cascabel* ni su sombra: el público es veleidoso y se cansa de todo. Sin embargo, todavía es un filon, y no solo ha servido para enriquecer á su propietario, sino que le ha hecho popular.

Cuando va al teatro en domingo, día en que acuden á los espectáculos la mayor parte de los lectores del *Cascabel*, si hay alguno que le conoce:

— Aquel es Frontaura, dice, dándose tono, á los que tiene al lado, y unos á otros se participan la noticia con la más viva satisfacción.

Y los que le ven una vez no pueden olvidarle. Su fisonomía es de esas que no se desdibujan.

Al día siguiente los tenderos, los horteros, los honrados operarios, las modistas, la mujer del empleado, en una palabra, los suscritores, cuentan con fruición á los que ven que han conocido á Frontaura, y aguardan con ansiedad el próximo número para oírle hablar.

La verdad es que Frontaura, en quien todos, y yo particularmente, reconocemos una feliz imaginación, una observación fina y maliciosa, una gracia *sui generis*, ha comprendido á su época.

Hay una masa de lectores que, sin ser vulgo, son vulgares: retratar sus costumbres, poner en relieve sus caracteres, bosquejar sus tipos, recoger sus frases y ofrecerles este conjunto como un espejo complaciente, era proporcionarles la satisfacción que goza el que nunca se ha retratado cuando ve su retrato por la primera vez.

Esto, las charaditas que, aunque parezca mentira, preocupan y entusiasman en las provincias y en las aldeas á millares de personas graves; los geroglíficos, y por otra parte la política negativa defendida por *el Cascabel*, han sido los motivos principales de su gran clientela.

— Es el demonio, he oído yo decir en muchas partes, ¡cómo sabe las picardigüelas de los comerciantes!

— ¡Y cómo conoce las debilidades femeniles!

— Pues, ¿y las interioridades de las casas?

— No, pues lo que es los caseros, no hay quien los pinte mejor que él.

— De todo entiende, de todo habla...

— Es un cajón de sastre.

El Cascabel ha llegado á ser el criterio para muchas personas y Frontaura un mentor.

Puede asegurarse que el título de su periódico está en todas las cuentas de las mujeres de su casa.

La propiedad, la exactitud de sus descripciones ha dado lugar á una escena chistosa.

Un día refirió en uno de los artículos de la colección que titula «Las Tiendas,» una escena entre un cofrero de la calle de los Estudios y su costilla.

Rica de colorido y de verdad, aunque hija solamente de la imaginación, estuvo á punto de proporcionarle un disgusto.

Había precisamente en la calle de los Estudios un cofrero que era el vivo retrato del que Frontaura había supuesto; algunos días antes de aparecer el artículo en *el Cascabel*, había reñido con su mujer, y todo había pasado como el humorístico escritor había querido que pasara en su cuadro de costumbres.

El cofrero era suscriptor, y llegar el periódico á sus manos, leerle, enfurecerse y correr á buscar á Frontaura todo fué uno.

Cuando entró en su despacho parecía un loco.

— ¿El señor de Frontaura?

— Servidor de Vd.

— Usted es un hablador.

— No tal... un escritor.

— Le digo á Vd. que es Vd. un hablador.

— Entonces no soy yo el que Vd. busca.

— Ha de saber Vd. que soy cofrero.

— Por muchos años, aunque comprendo si lo es usted, que está furioso, porque con los «mundos» no se harán «cofres.»

— Es que yo también hago «mundos»

— No pienso viajar... por ahora.

— Yo no vengo á ofrecer á Vd. baulles, sino á pedirle una explicación. Vd. me ha ofendido.

— ¡Yo!

— Sí, señor... Vd. me ha herido de muerte.

— ¿Dónde?

— En *el Cascabel*... ha sacado Vd. á la luz pública mis trapillos, y aunque es verdad que he reñido con mi parienta, y que la he llamado lo que Vd. calla, yo puedo decirlo lo que me dé la gana, porque es mi mujer ¿está Vd.? pero no consiento que nadie... y lo que va usted á decirme es quién se lo ha contado, porque aunque yo me malicio quién es el que le ha venido á usted con el chisme, quiero saberlo á punto fijo para cortarle la lengua.

Frontaura comprendía lo que era aquello y tranquilizó al artista; pero dos ó tres días después anunciaron los periódicos que se habían dado de palos dos hombres en la calle de los Estudios.

La cosa no tuvo más consecuencias.

Apesar de esgrimir el chiste, este es el único disgusto que su vis cómica le ha proporcionado.

Vamos en breves líneas á conocer su historia.

La primera vez que apareció en la esfera literaria, iba del brazo de uno de sus más íntimos amigos, su inseparable entonces.

Este amigo era Leopoldo Bregon: los dos eran altos, los dos formaban una pareja, que necesariamente tenía que llamar la atención.

La gaceta de *la España* fué el primer campo donde sembró Frontaura sus epigramas.

Después pasó al *Estado*, un periódico en donde todas las secciones estaban desempeñadas por primeros espadas.

Campoamor y Teodoro Guerrero amenizaban la política; Severo Catalina trazaba en él las páginas de su precioso libro *la Mujer*, y Frontaura llamaba «tocayo» al gobernador civil de entonces que es hoy ministro de Ultramar, y decía al dar cuenta de un sarao, que el sexo feo había estado representado por... quien Vds. saben.

Por entonces se retiró una noche á su casa muy temprano.

Vivía en la calle de la Luna, y su despacho, más que despacho parecía una estamperia. Todas las paredes estaban llenas de retratos de personajes célebres, de paisajes, de escenas de novelas: se veía á la legua que no era un escritor iconoclasta.

Sin sentir y á vuela-plana trazó en cuatro ó seis horas seis ú ocho escenas chispeantes, graciosas, de una verdad, de un colorido admirable, de una frescura sorprendentes.

Al día siguiente logró leerlas á Gaztambide.

— Concluya Vd. eso, le dijo, y yo lo pondré en música.

Este era un triunfo, porque Gaztambide estaba en todo su apogeo y era además empresario.

No fué, sin embargo, este maestro quien escribió la música; pero Frontaura no perdió.

Poco después se representó una zarzuela en un acto, que obtuvo un éxito ruidoso: ¿quién no recuerda *el Caballero particular*?

A esta obra dramática, creo que la primera de Frontaura, siguieron las siguientes: *Céfiro y Flora*, *Doña Marquita*, *Campanone*, *el Corneta*, *Matilde y Malek-Adel*, *el Caballo blanco*, *los Conspiradores de incógnito*, *el Mudo*, *los Pecados capitales*, *Giralda*, *el Elixir*, *los Criados*, *el Hijo de Don José* y *En las astas del toro*.

Esta última zarzuela, á pesar de ser en un acto, dió á ganar á su autor el primer año más de mil duros.

— Aun *En las astas del toro* halla Frontaura dinero, decían por entonces los que tenían obras que debían ir detrás de las suyas.

Una caricatura suya apareció por entonces, en la que el dibujante fué un tanto inconveniente.

La zarzuela *el Hijo de Don José* fué objeto de una silba tan espantosa como premeditada. La oficialidad de Madrid se creyó ofendida, y algunos de sus individuos esgrimieron las llaves de sus casas.

Pero lo mismo en la adversidad que en la fortuna, él distintivo de Cárlos Frontaura es la impasibilidad.

Laborioso, activo, honrado, ha pasado por épocas difíciles sin tener que bajar la frente, y por eso al llegar á la fortuna no ha tenido que levantarla.

Nunca ha formado parte de ninguna de esas camarillas que se agrupan en torno de las empresas teatrales ó de los editores.

Tampoco ha querido nunca vivir del presupuesto del Estado: todo lo ha debido á su trabajo.

Frontaura está casado, y ha conseguido tener algo que vale más que el dinero: un hogar.

Nunca se le ve en los cafés.

Su vida es muy metódica: hoy está en sus glorias dirigiendo los trabajos de su imprenta, vigilando las operaciones administrativas de su casa.

Los ratos que no consagra al trabajo, ó á la intimidad de su hogar, los destina á su paseo cotidiano.

En esta excursión periódica le acompaña un amigo fiel, un perro de Terranova.

Afortunadamente no necesita cortarle la cola, como hizo Alcibiades con el suyo para adquirir celebridad; pero esto prueba que es su talento más profundo de lo que creen algunos.

— ¿Y qué ha hecho del cascabel que se encontró en el Prado? pregunta quizás el curioso lector.

— Lo que todos quisieran hacer: *ponérselo al gato.*

JULIO NOMBELA.

(De la *Epoca.*)

Estudios literarios.

SHAKSPEARE.

(Continuación.)

Que Schiller, en un drama alemán, copie del *Romeo* la viva y libre imagen de una pasión repentina y de una declaración de amor que empieza casi con un desenlace, falta más a la verdad de nuestras costumbres que al decoro de nuestro teatro: imita friamente un delirio de imaginación italiana.

Copiando Goethe, en un siglo profundamente filosófico, los cantos salvajes de las brujas de *Macbeth*, hace un capricho de imaginación extraño, mas bien que una pintura ingenua y terrible; mas si se considera a Shakspeare aparte, sin espíritu de imitación y de sistema; si se mira su número como un acontecimiento extraordinario que no puede reproducirse: ¡cuántos rasgos admirables! ¡cuánta pasión! ¡cuánta poesía! ¡qué elocuencia!

Número fecundo y nuevo, no lo ha creado todo, es cierto, pues casi todas sus tragedias no son sino novelas ó crónicas de su tiempo, distribuidas en escenas; mas ha marcado con un sello original todo cuanto ha sacado de ellas: un cuento popular, una antigua balada, tratados por ese número poderoso, se animan, se transforman y se convierten en creaciones inmortales.

Pintor enérgico de los caracteres, no los conserva con exactitud, porque sus personajes, si exceptuamos algunos, tienen la fisonomía inglesa en cualquier país en que los coloque, y para él el pueblo romano no es más que el populacho de Londres.

Sin embargo, esta infidelidad en observar las costumbres locales de los diferentes países, esta preocupación de las costumbres inglesas, es cabalmente lo que le hace tan bien querido con su país. Nunca poeta alguno fué más nacional. Shakspeare es el genio inglés personificado, con su aire orgulloso y libre, con su aspereza, con su profundidad y melancolía.

El monólogo de Hamlet no podía componerse sino en el país de las nieblas y del *spleen*: la negra ambición de *Macbeth*, esa ambición tan imprevista y tan profunda, tan violenta y reflexiva, parece pertenecer al pueblo cuyo trono fué por tanto tiempo disputado por tantos crímenes y guerras.

Mas, ¡cuánto crece, si es lícito hablar así, la omnipotencia de ese número indígena en los dramas en que se presenta a su auditorio rodeado de todos los recuerdos de las antiguas costumbres, con los nombres propios de los lugares y de los hombres, Ricardo III, Enrique VII, Enrique VIII!

Figurémonos que un hombre de talento, lanzado en la época del primer desarrollo de nuestra lengua y de nuestras artes, y estampando en todas sus palabras una energía salvaje, hubiese puesto en escena, con la libertad de una acción sin límites y el calor de una tradición todavía reciente, las venganzas de Pedro el Cruel, las guerras de los moros; que este poeta hubiese nombrado los jefes, las facciones, las ciudades, los ríos, nuestras campiñas, no con alusiones pasajeras, sino con una franqueza ruda y sencilla, con la expresión familiar del tiempo, jamás ennoblecida, pero animada siempre por el número del poeta: semejantes piezas, si hubiesen sido representadas, ¿no hubieran conservado una autoridad inmortal en nuestra literatura y un efecto omnipotente en nuestro teatro, á pesar de que no tengamos, como los ingleses, tanto cariño á nuestros anales, tanto respeto por nuestras antiguas costumbres, ni la dureza del patriotismo insular?

Por otra parte no debemos olvidar que el teatro no era en Inglaterra una diversion de la corte, un goce reservado á entendimientos cultos ó delicados, sino que era y ha sido siempre popular. El marinero inglés, de vuelta de sus largos viajes y en los intervalos de su vida aventurera, viene á palmoear la relación de Oteló, cuando cuenta sus peligros y sus naufragios.

En Inglaterra, donde la riqueza del pueblo le proporciona medios de comprar esos placeres del teatro que la Grecia ofrecía á sus ciudadanos libres, el patio de Covent-Garden y de Drury-Lane está siempre lleno de gente del pueblo. Ese auditorio es entusiasta del espectáculo extraño y variado que presentan las tragedias de Shakspeare; siente con una fuerza indecible esas palabras enérgicas, esos arranques de pasión que chispean, digámoslo así, en medio de un drama tumultuoso. Todo le agrada, todo está en armonía con su naturaleza, y le embelesa sin repugnarle.

Esta misma representación no obra con menos fuerza, bien que en sentido contrario, sobre la parte más ilustrada de los espectadores: esas rudas imágenes, esos cuadros horribles, y por decirlo así, aquella desnudez trágica de Shakspeare, interesan y conmueven á las

clases elevadas de Inglaterra, por el mismo contraste que presentan con la amenidad de la vida común, siendo como una violenta sacudida que distrae y despierta á las almas desgastadas por la elegancia social. Y esta conmoción no se gasta, antes al contrario, la excitan mas los cuadros más feos.

No quiteis de la tragedia de Hamlet el trabajo y las bufonadas de los sepultureros, como lo ensayara Garrick; asistid á esa terrible chocarrería, y vereis pasar rápidamente el terror y la alegría por las facciones de un auditorio inmenso.

Vereis al resplandor vivo, pero siniestro, de los gases que iluminan el teatro, en medio del lujo que brilla en el primer palco, inclinarse ávidamente las cabezas más elegantes hácia los restos fúnebres amontonados en la escena.

La juventud y la belleza contemplan con curiosidad insaciable aquellas imágenes de destrucción y aquellos minuciosos pormenores de la muerte: luego las extrañas chocarrerías de los sepultureros parecen aliviar á los espectadores del peso que les oprime, y estallan por todas partes largas carcajadas.

Las fisonomías más graves, atentas á este espectáculo, pasan sucesivamente de la tristeza á la alegría; y se ve al estadista sonreírse con los sarcasmos del sepulturero que quiere distinguir el cráneo de un cortesano del de un bufón.

De esta suerte, aun en la parte de sus obras que más repugnan á las convenciones y al gusto, tiene Shakspeare por su nación un interés inexplicable. Da á la imaginación inglesa placeres que no envejecen, digámoslo así, nunca: agita, satisface este gusto de singularidad de que se lisonjea la Inglaterra, y no entretiene á los ingleses sino con aquello que más les gusta.

Separado de la tierra nativa, no pierde sin embargo Shakspeare todo su poder, pues uno de los principales caracteres del hombre de número es que las bellezas locales, los rasgos individuales de que llena sus obras, corresponden á algún tipo general de verdad, y que trabajando para sus conciudadanos, cautiva á todo el mundo.

Aun más, quizás las obras más nacionales son las que llegan á ser más cosmopolitas. Tales fueron las obras de los griegos, que solo las escribían para ellos, y son á pesar de esto leídas de todo el universo. Educado en medio de una civilización menos feliz y poética, Shakspeare no ofrece en la misma proporción que los griegos esas bellezas universales que pasan á todas las lenguas; y solo un inglés puede colocar á su poeta al lado de Homero ó de Sófocles.

Shakspeare no nació ni bajo aquel hermoso cielo, ni tiene aquel bello natural de entusiasmo y de poesía. Le cubre todavía el hollín de la edad media. Su barbarie ofrece una como decadencia, y muchas veces es más bien gótica que jóven y pueril.

Su sencillez no es la del mundo naciente, como ha dicho Fenelon hablando de Homero; es un lenguaje áspero y al mismo tiempo limado, en el que se echa de ver el afán del entendimiento humano planteando difícilmente los móviles de esa civilización moderna, tan diversa y complicada, que nacia cargada ya de tantos recuerdos y estorbos; mas cuando llega á la expresión de los impulsos naturales, cuando no quiere ser ni pomposo ni delicado, cuando pinta el hombre, fuerza es confesarlo, jamás sobresalieron tanto la ternura y la elocuencia. Sus personajes trágicos, desde el malvado y odioso Ricardo III hasta el distraído y fantástico Hamlet, son seres reales que viven en la imaginación y cuyo recuerdo no se borra jamás.

Ese número rudo y salvaje encuentra una delicadeza desconocida hasta él en la expresión de los caracteres de las mujeres, y al pintarlas, echa mano, como movido de un secreto instinto, de todas las convenciones que su siglo ignoraba y que él mismo despreciaba.

Nada más notable en el número de Shakspeare que la pintura de los caracteres de las mujeres. Ofelia, Catalina de Aragón, Julieta, Cordelia, Desdémona é Imógenes, figuras tiernas y delicadas, están dotadas de gracias inimitables y de una cándida pureza que embelesa, contra lo que podía esperarse del desenfreno de un siglo grosero y la aspereza de su genio varonil.

El gusto de que con tanta frecuencia carece se halla entonces suplido por un instinto delicado que hasta le hace adivinar lo que faltaba á la civilización de su tiempo. Hasta ha sabido templar el carácter de la mujer culpable con algunos rasgos sacados de la observación de la naturaleza, y dictados por los impulsos más suaves. Lady Macbeth, tan cruel en su ambición y sus proyectos, ceja con horror ante un espectáculo de sangre: aconseja el asesinato, y no tiene valor para presenciárselo. Gertrúdis, esparciendo flores sobre el cuerpo de Ofelia, excita la ternura á pesar de su crimen.

Esta profunda verdad en los caracteres primitivos, estos matices de la naturaleza y del sexo tan bien observados por el poeta, justifican sin duda el asombro de los críticos ingleses; pero ¿acaso debemos concluir con ellos diciendo que el olvido de los colores locales, tan frecuente en Shakspeare, sea indiferente, y que este gran poeta, cuando confunde el lenguaje de las diversas condiciones, cuando coloca un beodo en el trono y un bufón en el senado romano, no hayan hecho más que imitar la naturaleza, despreciando las circunstancias exteriores, lo mismo que el pintor que, contentándose con comprender bien las facciones de una familia, no atiende á su ropaje?

Esta teoría creada fuera de sazón, esta paradoja en que estuvo lejos de pensar el autor, no excusa una falta muy común en su teatro, y que se presenta en él bajo

todas las formas. Mueve á risa ver á un sabio crítico caer en éxtasis al examinar una pieza de Shakspeare, ante la feliz confusión del paganismo y de la hechicería, de las sílfides y de las amazonas de la Grecia antigua y de la edad media, barajadas por el poeta en un mismo drama.

Mas singular es aun quizás ver en el siglo décimo octavo á un célebre poeta imitar adrede y á sabiendas esa extraña mezcla, que solo había sido en Shakspeare parto de su ignorancia, ó un capricho de su fantasía. Alabemos á un ingenio, no por sus sistemas, sino por la verdad. Entonces veremos que Shakspeare quebranta á menudo la verdad local é histórica; si echa sobre casi todos sus cuadros la sequedad uniforme de las costumbres de su tiempo, expresa por otra parte con portentosa energía las pasiones dominantes del corazón humano, el odio, la ambición, los celos, el amor á la vida, la compasión, la crueldad, etc.

Con no menos fuerza pone en movimiento á veces la parte supersticiosa del alma. Como los primeros poetas griegos, ha buscado el cuadro de los dolores físicos, ha presentado en la escena las angustias del dolor, los andrajos de la miseria, la última y más espantosa de las enfermedades humanas, la locura.

¿Qué cosa más trágica, en efecto, que esta muerte aparente del alma que degrada la criatura más noble sin destruirla! Shakspeare ha usado muchas veces de ese medio de terror, y por una extraña combinación, ha representado la locura fingida con tanta frecuencia como la locura verdadera: ha imaginado en fin mezclar las dos en el personaje fantástico de Hamlet, y reunir los rasgos de una razón serena, las astucias de una locura premeditada y el desorden involuntario del alma.

Si ha pintado á veces la locura procedente de la desesperación, si ha hermanado esta imagen con el más cruel de todos los dolores, la ingratitud de los hijos para con sus padres, con una mira no menos profunda, ha enlazado muchas veces el crimen con la locura, como si el alma se enajenase de suyo conforme se sumerge en el delito.

Los sueños terribles de Ricardo III, su ensueño agitado por las convulsiones del remordimiento, el desvelo horrible y misterioso de lady Macbeth, son creaciones que el horror trágico no ha sobrepujado jamás, y que recuerdan las Euménides de Esquilo.

(Se concluirá.)

El congreso de la paz en Ginebra.

Si ha habido acontecimiento ruidoso estos últimos días, ha sido la reunión del congreso de Ginebra, en donde debía discutirse esta hermosa utopía con que sueñan los corazones generosos, la paz universal y eterna.

Difícil habría sido hallar una ciudad mejor situada que Ginebra para estos debates solemnes. Pertenece á la Confederación helvética, y por consiguiente disfruta de una gran libertad política, civil y religiosa. Está á las puertas de Francia, Italia y Alemania y de todas las comarcas de la Europa se puede fácilmente ir á pasearse por las márgenes de su lago, que es una maravilla. Abundan las provisiones: ¿qué más se necesita?

Por esta razón no nos sorprendieron las promesas de este congreso. ¿Las ha cumplido? Sí, responderán los aficionados á lo pintoresco, y que no han visto en el programa más que un pretexto para dar satisfacción á sus gustos expedicionarios. No, responderán otros, y tendrán razón.

El suceso más notable de esta fiesta ha sido la presencia de Garibaldi, con la cual el congreso ha hecho un ruido con que no contaban sin duda los promovedores de la idea. Lo cierto es que en Ginebra como Inglaterra, el anuncio de la llegada de Garibaldi puso en revolución á todo el mundo. Durante algunos días no hubo más partidos y se borraron todos los matices de la opinión; se olvidaron las contiendas antiguas y recientes, y por todas partes no se pensó más que en festejar á Garibaldi.

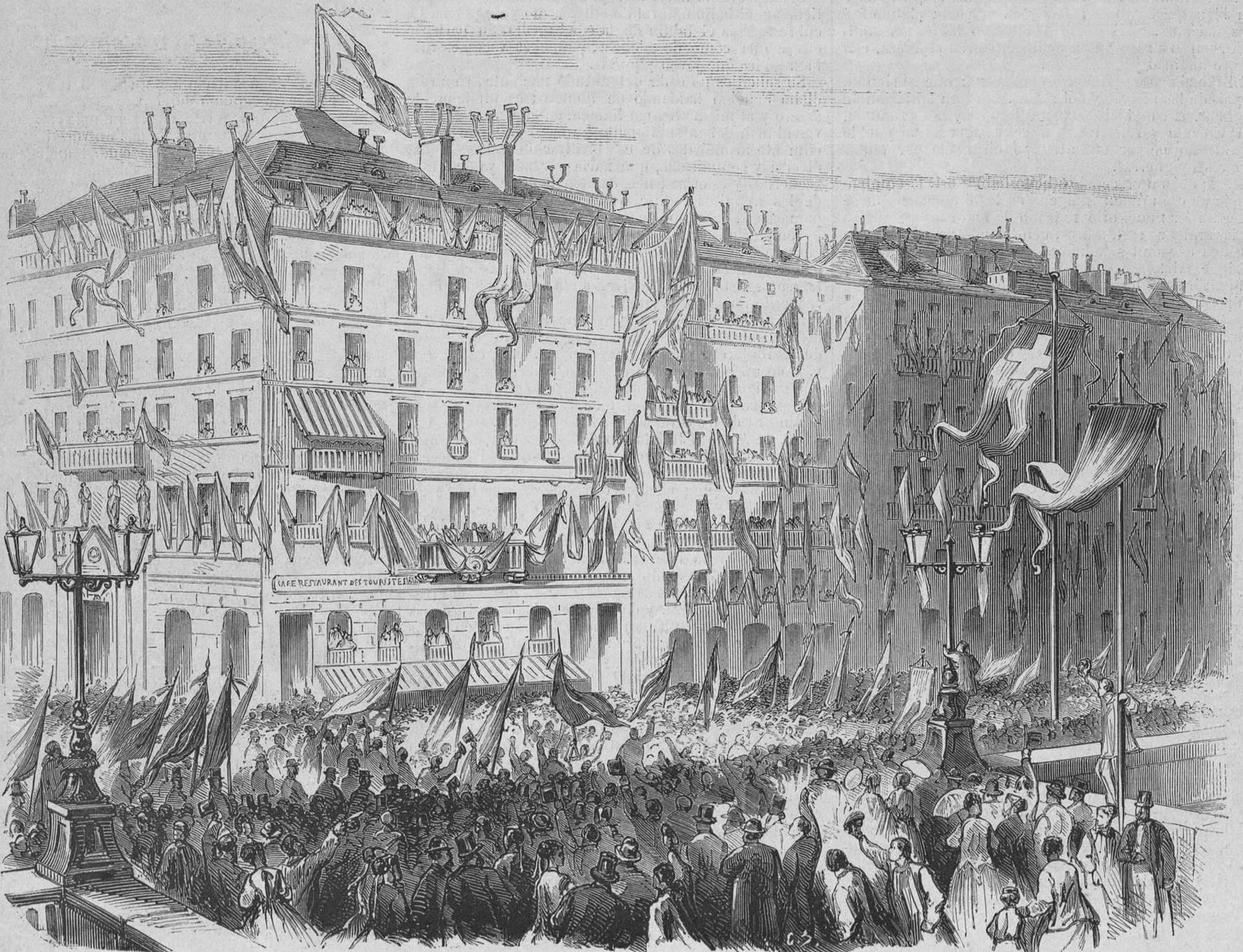
Es indescriptible el espectáculo que presentó Ginebra cuando hizo su entrada Garibaldi, en un coche tirado por cuatro caballos, y se dirigió al hotel de M. James Fazy preparado para recibirle. Vestido con su conocido traje, iba precedido y seguido de corporaciones que marchaban con sus respectivas banderas, mezclando los colores de todos los países. La muchedumbre era tal, que el carruaje tenía que detenerse á cada paso.

Después de la vista el oído; pero aquí haremos bien en no insistir sobre los discursos de Garibaldi, y sobre todo nos guardaremos bien de repetirlos. Lo cierto es que al cabo de estos discursos que desencadenaron pasiones furibundas en la asamblea, Garibaldi debió salir de Ginebra repentinamente, con dirección á Italia.

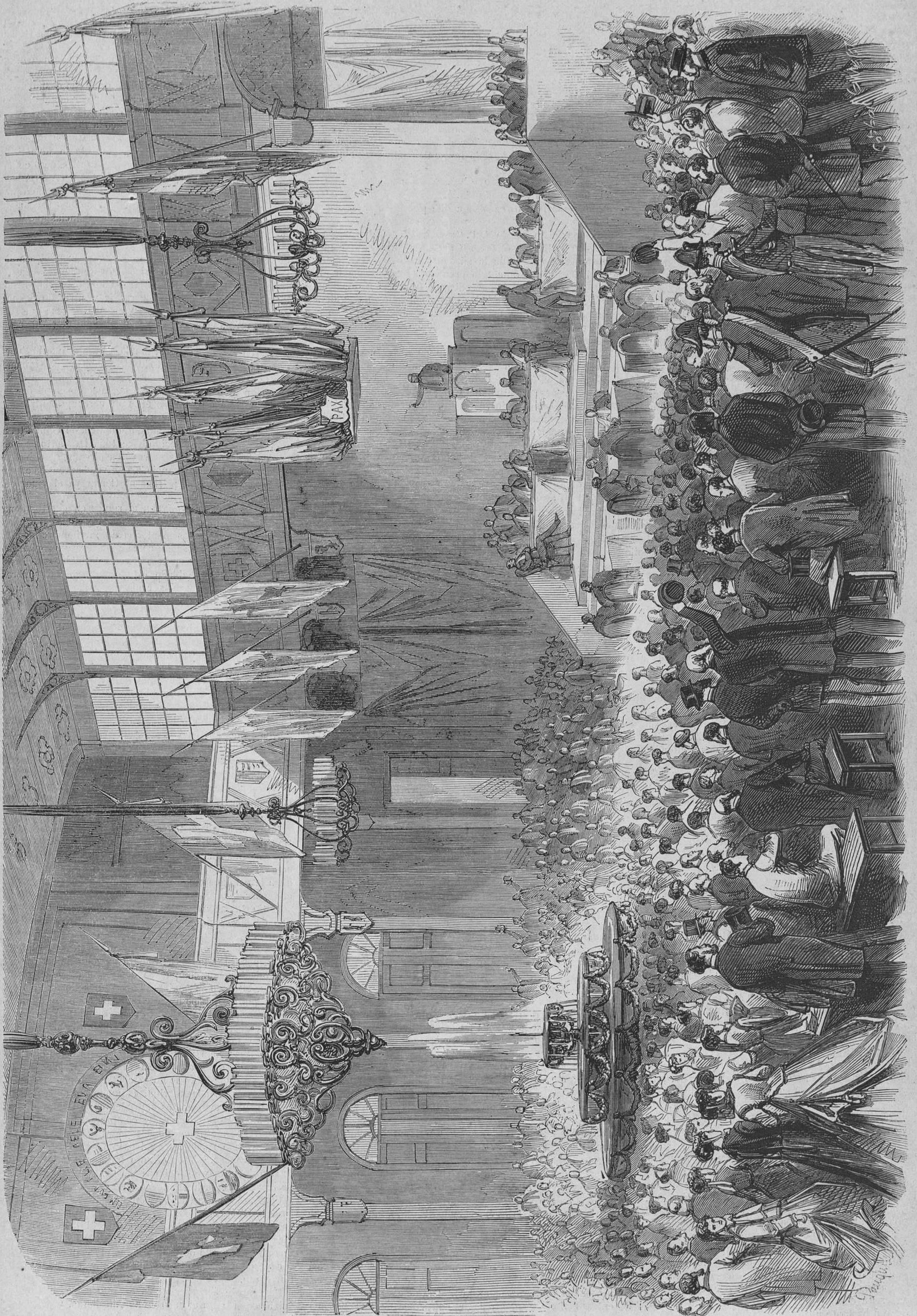
¿Qué vino á ser después el congreso de Ginebra? No es posible decirlo sin herir á nadie. Conducido al acaso de los oradores y por hombres que carecían del buen espíritu que distingue á las reuniones de este género en Inglaterra, el congreso no hizo nada. Y no es porque faltasen las bellas palabras. Algunas fueron elocuentes, y en primera línea debemos mencionar el trabajo leído por M. Quinet, sobre los desfallecimientos de la conciencia humana. Pero en general, todo esto carecía de orden: como dijo muy bien M. J. Fazy, parecía que cada cual se había presentado en este congreso de la paz para ha-



LUXEMBURGO. — Los cazadores del contingente luxemburgense entrando en la plaza Guillermo.



EL CONGRESO DE GINEBRA. — Manifestacion popular delante del hotel Fazy, residencia de Garibaldi.



GINEBRA. Apertura del congreso de la paz en el Palacio electoral, el 9 de setiembre de 1867.

cer una declaración de guerra, este á los tiranos, aquel al papa, el otro á los ejércitos permanentes, el otro á la religion en general. En suma, nada útil, y el congreso se terminó por una votación contra la cual protestaron por todas partes, y lo que es mas grave aun, se terminó con injurias internacionales. Que no se repitan tales escenas, es el voto mas ardiente de los que verdaderamente se interesan por la paz del mundo y por la dignidad de los hombres.

J. B.

Revista de Paris.

Las fiestas á que este año ha dado margen en Paris la afluencia de soberanos con motivo de la Exposición universal, nos han ocupado lo bastante para que hayan pasado desapercibidos en estas crónicas los ecos de Baden, Spa, Trouville, Biarritz y demás lugares frecuentados por la gente de gran tono durante el estío. A decir verdad, tampoco las noticias que nos llegaban de estos sitios privilegiados nos ofrecían una novedad cualquiera digna de señalarse. Poco mas ó menos, todo es siempre lo mismo. Listas de personajes recién llegados á que dan los periódicos una publicidad interesada, programas de conciertos y de bailes; de cuando en cuando la historia de un jugador que hace saltar la banca, y con mucha mas frecuencia la relacion de los infortunios de algunos jugadores desgraciados, tal es en sustancia lo que se escribe con ligeras variantes, de esos centros del lujo y de la moda.

Sin embargo, esta semana nos han venido sucesivamente una porción de informes que contrastan con la monotonía de los hechos ordinarios, por lo regular de un carácter pacífico. Por ejemplo, de Spa, que es justamente uno de los puntos mas consagrados al reposo, cuentan los pormenores de un lance habido entre un oficial prusiano y los agentes de la fuerza pública.

Este oficial se empeñó en no salir de los salones de baile cuando era ya la hora de que se retirase todo el mundo, y para ello emprendió una reñida batalla con la policía. El prusiano tenía en la mano un puñal con que amenazaba á los agentes; en la lucha consiguió arrancar la espada á uno de estos últimos, y sin duda iba á servirse de ella, cuando otro de los agentes le rompió en la cabeza el sable, haciéndole una herida bastante peligrosa.

Aquella misma noche un jugador no tuvo bastante cuidado con sus billetes de banco, y en el mismo salon de juego le robaron su cartera.

Luego sobrevinieron tambien varios desafíos; uno entre un alemán y un francés, por cuestiones políticas, y otro entre dos franceses por ciertas palabras de mal género dirigidas á una señora. Afortunadamente el desenlace en los dos duelos no hace temer por la vida de los dos contendientes que han salido heridos.

Estos incidentes han causado en la población escogida que reside en Spa una estupefacción inmensa. No ha faltado mas que algun suicidio de jugador desdichado para completar la serie de estas calamidades inusitadas en tan plácido retiro.

A propósito de suicidios, un inteligente periodista, M. P. Gravier, ha hecho dias pasados en la *Patrie* un excelente artículo sobre la epidemia del suicidio que de dia en dia se propaga en todas las clases y en todos los países, lo mismo en los jóvenes que en los viejos, y con este motivo cita el singular género de muerte elegido por un físico de la otra parte del Atlántico, y cuyos pormenores acaban de transmitirnos los diarios americanos.

Parece ser que el físico en cuestion convidó á almorzar á una porción de amigos en su jardín, y terminado el almuerzo dijo que quería obsequiarles con el espectáculo de la ascension de un globo que él mismo habia construido.

Con efecto, dicho esto les llevó á una vasta plazoleta, donde el globo de seda se hallaba preparado, cautivo todavía. No tenía paracaídas; pero las cuerdas que le sostenían se hallaban atadas juntas á un madero de un metro de largo.

Cuando el globo habia tomado pues todo su volumen y habia llegado el momento de cortar las cuerdas, nuestro hombre estrecha la mano á sus amigos uno por uno y concluida la despedida, que á todos habia dejado atónitos, monta en el madero con las cuerdas entré las piernas y sosteniendo estas cuerdas con una mano.

Los espectadores contemplaban atentamente al extraño jinete, cuando de repente por medio de un movimiento rápido y calculado, corta con un cuchillo de monte afilado como una navaja de afeitar, el pequeño cable que aun sujeta el madero á una fuerte argolla clavada en la tierra.

El globo se eleva majestuosamente en los aires, llevándose consigo al constructor, á caballo sobre el madero.

Un grito de espanto resuena unánime en el corro de amigos. Todo el mundo cree que es una imprudencia, una ascension involuntaria; mas el viajero se sonríe, saca con la mano que le queda libre un revolver de su bolsillo y mostrándole á sus amigos les hace comprender con un ademán que se servirá de él para romper el globo una vez que se encuentre á bastante altura en las regiones aéreas.

Un postrer grito de despedida llega entonces á oídos de

los convidados, y luego el globo continuando su ascension, comienza á perderse en las nubes. Ya no se le distingue sino como un puntito negro y luego desaparece.

El cuerpo de este suicida se encontró el dia siguiente en la ladera de un bosque, horriblemente magullado, y tambien se halló á corta distancia el globo deshinchado que tenía una porción de agujeros hechos por los proyectiles del revolver y por los cuales se habia escapado el gas determinando la caída del aparato.

Es de presumir que el viajero cayó antes que su globo; la vertiginosa bajada del monstruo le hizo probablemente soltar las cuerdas que asia con una mano, esto si despues de haber perforado la seda no se dejó él caer voluntariamente.

Lo cierto del caso es que habia querido morir en el espacio á la mayor altura posible. Es un rasgo digno de citarse como prueba de los excesos á que puede llegar la insensatez humana.

Este suicidio, añade M. P. Gravier, recuerda la funesta ascension de Harris, el famoso aeronauta inglés, que murió poco mas ó menos de la misma manera, voluntariamente tambien, aunque no con la premeditacion de suicidarse.

Habia partido en la navecilla con la mujer á quien adoraba, y solo cuando se habia elevado mucho en los aires y tiró la cuerda que debia abrir una válvula y producir la caída suave, lenta y gradual del globo, notó un defecto en la construccion.

La válvula se abrió, pero no pudo volver á cerrarse. El globo bajaba con una velocidad espantosa. Harris comenzó por arrojar el lastre y todo lo que podia hacer pesado el globo, mas este continuaba precipitándose. Arrojó sus instrumentos, sus vestidos, y en fin, con el deseo de salvar la vida de su amada, la abrazó y luego se precipitó él tambien en el espacio.

Aligerado de todo este peso, el globo bajó entonces mas lentamente. En cuanto á la pobre mujer al ver que Harris revoloteaba en el espacio como un pajarillo herido por el plomo de un cazador, se habia desmayado y no volvió á abrir los ojos sino cuando se halló rodeada de una multitud de aldeanos que habian acudido á la caída del globo. El sacrificio de Harris la habia librado de una muerte horrosa.

Puesto que hablamos de aventuras trágicas, hé aquí un suceso de que se hablado mucho en Paris estos últimos dias y que acaba de tener lugar en las circunstancias siguientes:

Una señora viuda que la crónica designa con la inicial X... habia educado á su hija Leonie con su sobrino Adolfo, hijo de un rico comerciante del barrio de Saint Honoré. La costumbre de vivir juntos, sus buenas prendas, la simpatía reciproca, todo contribuyó á hacer nacer en el corazon de entrambos jóvenes una pasión invencible.

Cuando la viuda advirtió lo que pasaba, Leonie tenía diez y siete años y Adolfo diez y ocho. La señora trató aquel amor de niñería y observó á su sobrino que diversas consideraciones de familia, y sobre todo la inferioridad de su fortuna, relativamente á la de Adolfo, podria hacer suponer que ella, por motivos de interés que no la honraban, habia favorecido su pasión, y bajo este concepto, pidió con instancia al joven que olvidase á Leonie.

Sin embargo, como estas observaciones no produjeron todo el efecto que ella se esperaba, pensó entonces que el mejor remedio era una separacion, y pretextando un viaje, se llevó á su hija y no regresó á Paris hasta el cabo de un año.

Durante esta larga ausencia la joven no habló una palabra de su primo; pero permaneció sombría, taciturna y melancólica.

Algunos dias despues de su regreso, la viuda declaró á Leonie que debia prepararse á contraer matrimonio próximamente con un joven agregado de embajada, manifestándole que esta union era conveniente bajo todos conceptos, y que esperaba no se opondría á su realizacion.

Leonie respondió con dulzura, aunque tambien con mucha tristeza, que estaba dispuesta á obedecer.

Ahora bien, no hace muchas noches la viuda fué á la ópera con los padres de Adolfo, quien sabiendo que Leonie estaba sola en casa se fué á verla.

— Vengo á despedirme de mi prima antes de su salida de Paris, dice á la criada; no la veré mas que un instante.

Y á fuerza de ruegos y de súplicas, la criada permite la entrevista.

Una vez en presencia de la joven, Adolfo toma dos tazas, echa en ellas opio, le disuelve, y luego cada uno de ellos se traga la fatal bebida.

Sin embargo, el veneno tarda en hacer efecto, y como se hallan decididos á morir juntos, se hieren reciprocamente á puñaladas en el pecho y caen entrambos bañados en su sangre.

Horrible era el cuadro que esperaba á la viuda en su casa. Dos médicos se hallaban junto á Leonie y Adolfo, que se hallaba en ese estado letárgico que produce el opio. Sus heridas no son graves, y se dice que no se ha perdido toda esperanza de salvarles si los facultativos logran neutralizar os efectos del veneno.

La pobre viuda está loca de desesperacion. Adolfo es el primero que recobró el conocimiento y pudo hablar lo bastante para explicar lo ocurrido. Repetidas veces se arrancó el aparato puesto sobre sus heridas, y ha sido preciso atarle las manos y tenerle siempre con centinela de vista. Leonie, enteramente inerte, ofrece la apariencia de una persona profundamente dormida, pero los facultativos responden de que no ha cesado de vivir. Es de esperar que el desenlace

final de esta verídica historia sea favorable en todos sentidos.

Dejando ya tan terribles aventuras, veamos si el repertorio de las cosas de la semana no nos presenta cuadros mas risueños.

Con efecto, hé aquí entre los tipos originales uno que mereceria figurar en la numerosa coleccion que cuentan los ingleses. Es este un tipo callejero que todo el mundo conoce y cuya industria consiste en seguir corriendo al omnibus americano que va de Paris á Sèvres.

Veinte años hace, dice el periódico la *Presse*, que este buen hombre, llamado Laurent, se entrega á tan singular oficio. En otro tiempo, es decir, en la época de la juventud, seguía á los carruajes públicos hasta Versailles, pero como sus fuerzas han flaqueado, ya no va mas que de Paris á Sèvres.

¿Qué gana pues con tan duro ejercicio? Algunos sueldos que le arrojan los viajeros caritativos, como sucedia antiguamente en los caminos con las diligencias que seguían los pordioseros.

La ligereza de piernas que posee este hombre es verdaderamente extraordinaria. Suele vérselo con el semblante inundado de sudor, pero jamás la respiracion llega á faltarle. Camina siempre á un trotecillo sostenido, deteniéndose cuando se detiene el carruaje y volviendo á echar á correr cuando este prosigue su marcha. Dícese que su padre era otro andarín famoso y que un dia murió de cansancio en medio de un camino.

Laurent vive en Sèvres, donde está muy querido por los que le conocen, que son todos los habitantes. Diariamente le confían encargos para Paris, y á veces añaden á la retribucion que le dan el precio del asiento en el omnibus; pero jamás Laurent aprovecha el carruaje. Entrar en un vehículo cualquiera seria para él una deshonra.

Ultimamente habia circulado la noticia de su muerte, pero no era verdad, el viejecillo vive todavia. Ciertamente es que en sus correrías ordinarias se cayó en el camino, cubierto de sudor, rendido de cansancio. Ya se ve, Laurent ha cumplido los cincuenta, y sus piernas no tienen ya el vigor de los pasados años.

Este accidente dió margen al rumor en cuestion, mas á los dos dias Laurent volvió á su faena, y sigue corriendo con algun esfuerzo, penosamente, como un hombre que tiene agotadas las fuerzas, pero corre y correrá quizás hasta que muera sobre la brecha, esto es, en el camino.

Tambien se ha hablado esta semana de un hombre anciano que vivía en la mayor miseria, y que se ha encontrado muerto de hambre quizás uno de estos dias. Todos compadecían á este infeliz, cuando registrados los trapos de su inmundada habitacion, han hallado en monedas de oro una cantidad que asciende á diez y ocho mil francos, diseminada en una porción de rincones.

El tipo del avaro no se pierde. Muy al contrario, cada vez aparece con variantes mas notables, aunque no siempre los rasgos de la avaricia suelen producir los efectos que se proponen sus autores. Hé aquí un caso muy original que tomamos de un periódico de Lyon, y que es como sigue:

Uno de los cantones rurales del departamento del Ródano posee un habitante de unos sesenta años, prototipo de los avaros, que tiene diez veces mas miles de francos que años, y viste de harapos como el mas asqueroso mendigo. Un músico ambulante le encontró dias pasados, y creyendo que era mas desgraciado que él, le dió una moneda de dos céntimos.

Entre otros disgustos que entristecen su existencia, el tío C... conserva aun el amargo recuerdo de un salchichon que se comió hace treinta años su esposa en colaboracion con varias amigas en una partida de campo. Aquel saichichon le persigue como un espectro y envenena sus mas dulces goces.

El tío C... acompañaba la semana pasada á un estanco á uno de sus vecinos que quiso obsequiarle regalándole un cigarro.

— No acepto el cigarro, respondió el avaro, porque no fumo, pero si lo permitís, tomaré un sello de correos.

Y mientras su compañero compraba un cigarro de un sueldo, el avaro se contentaba con un sello de veinte céntimos, porque no los habia de mas precio en el estanco.

Su avaricia le ha expuesto recientemente á un percance muy desagradable. Hacia algun tiempo que los trabajos del campo y los quehaceres domésticos le dejaban todos los dias algunos momentos de descanso, pero como el descanso es el enemigo declarado de las hermosas monedas blancas ó amarillas que tanto le gusta contar y tan poco gastar, le ocurrió una idea peregrina. « Cuando me muera, se dijo, tendrán que hacer gastos imprudentes; se habrá de pagar, entre otros, al sepulturero, y comprar el terreno en el cementerio. Si me proporcionase yo mismo un cementerio, y en mis ratos de ocio fuese mi propio sepulturero, ahorraria algunos francos. » Y en el acto fué á elegir un rincon de terreno inculto, y se le ha visto, como trapense aficionado, abrirse su propia huesa á ratos perdidos.

Cuando la huesa tuvo la longitud y profundidad necesarias, revistió el fondo y las paredes de cal y canto, y quiso cubrirla con una pesada losa que habia labrado con sus propias manos. Hace pocos dias, colocaba la losa por medio de una polea, cuando de pronto se rompió la cuerda, se deslizó y cayó de cabeza en el sepulcro que la losa cubrió casi enteramente.

Desmayado á consecuencia de esta caída, el tío C... no volvió en sí hasta al cabo de algunas horas, y dió unos gritos tan desuforados que acudieron los vecinos y lo sacaron de su sepultura, pero el percance le va á costar dos ó tres

meses de cama, sin contar los remedios y las visitas del médico.

¿No es cierto que la avaricia es á veces muy cara?

Pasemos á los teatros donde nos espera por fin una novedad anunciada con poco ruido, y que ha obtenido un éxito satisfactorio.

Esta novedad es una comedia en tres actos y en prosa de M. Amadeo Achard, titulada *Albertina de Merris*, y sacada de una novela del mismo autor, que lleva el título de las *Horcas caudinas*.

Todos los que conocen el talento fino y delicado de Amadeo Achard, se hicieron un placer de asistir á la primera representación de esta comedia, donde estaban seguros anticipadamente de encontrar esas cualidades literarias, estilo correcto, gracia en el decir, y sobre todo ese fondo de moralidad que tan á menudo descuidan en el día los autores dramáticos. No se engañaron.

Albertina debía casarse con un amigo de infancia á quien profesaba un entrañable cariño, pero las circunstancias hicieron que se uniera á un hombre que la era punto menos que antipático. De uniones semejantes no suele resultar otra cosa que el adulterio, y en efecto, tal es la suerte de Albertina. Desgraciadamente, su amante M. de Brevans es uno de esos hombres disipados que toman á juego la honra de una mujer, y al primer pretexto que se le ofrece, abandona sus amores.

Un año ha trascurrido, y en este tiempo Albertina se ha quedado viuda, y M. de Cerclau, el pretendiente de su juventud, aspira á ser su esposo.

Hé aquí el interés de la comedia.

La jóven viuda no puede olvidar la falta que ha cometido: confiesa su deshonra, y aunque M. de Cerclau no retrocede ante esta declaración que ella se impone como un justo castigo, Albertina no acepta el sacrificio, y se resigna á morir en la triste condicion á que la ha reducido su culpable extravío.

Tal es la leccion terrible que se desprende del argumento de esta comedia, llena de situaciones conmovedoras, de peripecias y de rasgos dramáticos de primer orden. La ejecucion es esmerada por parte de los principales actores, y especialmente por madama Pasca, que personificaba con su acreditado talento el papel de Albertina.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LA DONCELLA Y EL ARROYUELO.

TRADICION ESCANDINAVA.

A orillas de un arroyuelo
Baña sus piés Laura bella,
Sentada sobre la alfombra
De una florida pradera.
Arbol secular, frondoso,
Su grata sombra proyecta
Cual solio que el prado teje
A la que es del prado reina:
Y entre el espeso ramaje
Que la brisa balancea
Asoma con dulce acento
Una avecilla parlera,
Que con cantos muy sentidos,
Así á la niña aconseja:
« Laura hermosa, ten cuidado
No enturbies las aguas esas,
Que si se enturbian, el cielo
No se mira mas en ellas. »
Vuelve la jóven su vista
Curiosa por la sorpresa
Y con los ojos de llanto,
Que el dolor del alma expresan,
A la avecilla canora
Con doliente voz contesta:
« No te aflijas, avecilla,
Hoy es inútil tu queja,
Que si el arroyo se enturbia
Se aclarará con presteza.
Mas cuando me viste un día
Sentada las horas muertas,
Junto á un jóven ¡ ay! debiste
Entonar tu cantinela
Y rogarle no enturbiara
El alma de la doncella;
Porque el alma candorosa
Que se enturbia en su carrera
Jamás torna ya aclararse,
Ni á reflejar la pureza
De ese hermoso azul del cielo
Que antes se miraba en ella. »

FILIBERTO ABELARDO DIAZ.

PROTECCION DE MARIA.

— Vas á la guerra, hijo mio,
Y de tus pasos en pos
Quiere salirse del pecho
Mi doliente corazon.

Parte á la lid, hijo, parte,
Y defiende con valor
A riesgo de tu existencia
Tu patria y tu religion:

Y mientras tu pobre madre
Por tu vida ruega á Dios,
Lleva en el pecho la imágen
De la Madre del Señor.

Muchos años, hijo mio,
Muchos años há que yo
Este santo escapulario
Llevo sobre el corazon:

Él defenderá tu vida
En el campo del honor,
Y esta esperanza en tu ausencia
Consolará mi afliccion.

— Madre, torno de la guerra:
¡ Con cuánto, con cuánto amor
Vuelvo á visitar los sitios
Donde mi niñez pasó!

Madre mia, me ha salvado
Tu amorosa prevención:
Santa y divina defensa
Me dió tu materno amor.

La bala que iba á matarme
En la mas reñida accion,
Rechazada por su influjo
En mi pecho resbaló:

Gracias á tu escapulario
Aun late mi corazon;
Sagrado escudo me diste,
Madre, bendígate Dios.

Y la madre y el soldado
Abrazándose, á una voz
Exclaman: « Bendita sea
La Madre del Salvador. »

SEÑORITA DE ***

Coruña. — 1867.

Exposicion universal de 1867.

El tornero del pabellon egipcio. — Schlem-ben-Daud tiene sesenta y ocho años, con la barba, las cejas y la dentadura blancas como la nieve, la cara y los miembros curtidos, la mirada profunda y suave, la sonrisa irónica, la voz meliflua. Vestido con un denso caftan rojizo, con las piernas desnudas y el turbante en la cabeza, está sentado en un banquillo, y fabrica, por medio de un torno primitivo, embocaduras de pipas y petacas de ébano que jaspea con sanguina, adorna con ambar maleable como cera y guarnece con coral facticio, todo ello por franco y medio. Nada mas sencillo y perfecto que este trabajo. Al revés de nuestros torneros que producen el movimiento de rotacion con el pié, el egipcio trabaja con la mano armada con un arco. Su pié mantiene el instrumento y le vuelve como lo harían los dedos mas diestros, y en tanto que la mano izquierda menea el arco con una precision inaudita, la derecha ya dirigiendo el cincel ó el buril, ya amasando ó sujetando las materias, da cima como por encanto á la última parte de su tarea.

Cuando concluye un objeto, el anciano musulman se sonríe, se atusa la barba y cambia algunas palabras con sus vecinos, tres mozos abisinios del color del azabache, que hacen obritas de filigrana de plata, y que son, con él y con el sillero que borda arreos con hilo de oro, zapatillas y bolsillos de tafete, la verdadera curiosidad del pabellon egipcio.

Los nuevos cañones de la marina francesa. — La artillería que no figuraba en las exposiciones de 1851 ni de 1855, y que comenzó á producirse en la de Londres en 1862, ocupa un ancho puesto en la Exposicion universal de 1867.

Además de los dos colosos de Prusia y de Inglaterra, el cañon Blakeley y el cañon Krupp, hay numerosas bocas de fuego de calibres menos extraordinarios, expuestas por los diversos gobiernos y por varias manufacturas particulares, las cuales atestiguan que si la industria que crea y que produce está en progreso, el arte de destruir no se duerme, y se perfecciona tanto y mas pronto que los medios de defensa que le oponen.

El gobierno francés ha expuesto últimamente los nuevos cañones de la marina, que pueden rivalizar con los de Inglaterra y de Prusia. La batería que representa nuestro grabado, se halla á la orilla del muelle de Orsay, al lado del tinglado que da abrigo á la gigantesca máquina del *Friedland*. Compónese esta batería de siete piezas que vienen á representar todos los tipos nuevos, y que han sido fundidas en Ruelle, segun el modelo adoptado por el ministerio de la Guerra, salvo algunas ligeras modificaciones que exige el servicio especial á que se destinan.

Las dos primeras, una de ellas en el estado bruto, y la otra montada en una cureña de embarcacion, son de bronce y del calibre de doce. Hay otras cuatro de acero y de calibres que van aumentando de 16 á 27 centímetros.

Cuando hablamos en nuestro último número de las experiencias hechas en la rada de la isla de Aix, en presencia del ministro de Marina, con los cañones de que está armada la fragata de coraza la *Savoie*, dimos á conocer el peso y alcance de las piezas de 24 centímetros, y por lo tanto, no repetiremos aquellas cifras que son proporcionadas para cada uno de los diversos calibres.

En medio del grupo se eleva la enorme boca de fuego de 42 centímetros de diámetro, destinada á la defensa de los puertos. Como todos los demás, este cañon se carga por la culata, y recibe una bala esférica que pesa 300 kilogramos. Su peso total, con la cureña, pasa de 57 toneladas. Aun no han podido apreciarse exactamente ni su alcance ni los efectos de su tiro, pues no están concluidos los experimentos que deben determinarlos.

El pabellon moruno de la seccion prusiana. — Sabido es que en la Exposicion se ha hecho un gran abuso del ornato árabe y de la arquitectura granadina y toledana. Dos naciones únicamente, el Egipto y la Prusia, nos parece que han huido de la copia servil ateniéndose á una asimilacion inteligente, el Egipto en su preciosa habitacion del virey, y la Prusia en la notabilísima muestra de la Alhambra, que su ingenioso arquitecto M. Ch. Diebitsch ha elevado en el parque, á dos pasos de la estatua del rey Guillermo, y en el centro de un lindo jardinillo.

Como decimos, esta construccion es una muestra, y sea cual fuere el efecto que produzca vista de lejos, con su cúpula dorada, flanqueada de cuatro minaretes y sus paredes en las que domina el color rojo, por donde debe estudiarse es por dentro. M. Diebitsch es un inventor no menos que un gran artista. Por medio de una feliz combinacion de hierro, madera y yeso, ha conseguido que el pabellon se desmonte y pueda trasportarse, lo mismo que las casitas de madera.

En cuanto al ornato en sí, justifica el cuidado que se ha tomado el inventor por su conservacion. Inspirándose en las formas del genio árabe, ha modificado los colores y efectos plásticos del modelo primitivo, ya apropiándolos al cielo europeo, ya combinándolos nuevamente en una escala menos vistosa. Además, los muebles; jardinerías, arañas, sillones, mesas y asientos, y hasta las telas que han sido hechas por sus dibujos, todo atestiguan una rara aptitud de composicion y de manos, tanta ciencia en cuanto al estilo, como tacto en el trabajo.

La casa Waaser en el parque. — Hé aquí otra construccion movible, no ya bajo la forma de pabellon puramente artístico, sino de casa habitable. Apresurémonos á confesar que de todas las producciones de este género que abundan en el Campo de Marte, ninguna nos ha parecido reunir en mas alto grado todas las condiciones de comodidad, elegancia, solidez y economía.

El aspecto de la casa es precioso: terrados, balcones exteriores en el piso bajo y en el principal, escalera en torrecilla con observatorio, baranda, elegante techumbre, ornatos pintorescos, acertado empleo de la madera y el ladrillo, algo de inglés en la disposicion y de italiano en la forma. Lo que hay de francés y lo que pertenece al autor, es primeramente su sistema de construccion, y luego sus aplicaciones de madera recortada, de que ya habíamos visto modelos en los *chalets* del emperador en Vichy, en el bosque de Boulogne y en Vincennes, en los diferentes paseos de Paris, y recientemente en el Trocadero, donde M. Waaser inauguró las barracas municipales, que despues de haber servido para la fiesta nacional del 15 de agosto, reemplazarán en lo sucesivo en los boulevares los horribles puestecillos de madera podrida que salen á relucir el día de Año nuevo.

En cuanto á la construccion, es tan sencilla como ingeniosa, y tan higiénica como barata. Armazon de madera y de hierro de articulaciones libres; cierre exterior entre postes, que consiste en dos losas de piedra de sillería, dejando entre sí un vacío aislante de 7 centímetros, encajadas en ranuras, atornilladas fuertemente sobre las vigas de la armazon, y en suma, mas sólidas que las puertas de madera que sufren el influjo de todas las variaciones atmosféricas. Las casas de M. Waaser ofrecen todas estas ventajas: pueden habitarse en seguida, pues no se emplea en ellas el yeso; cuestan dos veces menos que si fuesen de madera en las mismas condiciones; no hay peligro en ellas de humedad, ni de fuego, pues las chimeneas solo se apoyan en piedra ó en hierro, y todas las demás paredes están solidificadas por el silicato de potasa; y por último, su elegancia decorativa las recomiendan á las personas de gusto para el campo. La que se halla en la Exposicion ocupa una superficie de unos 130 metros, y cuesta, trasportada á ochenta kilómetros de Paris, 35,000 francos.

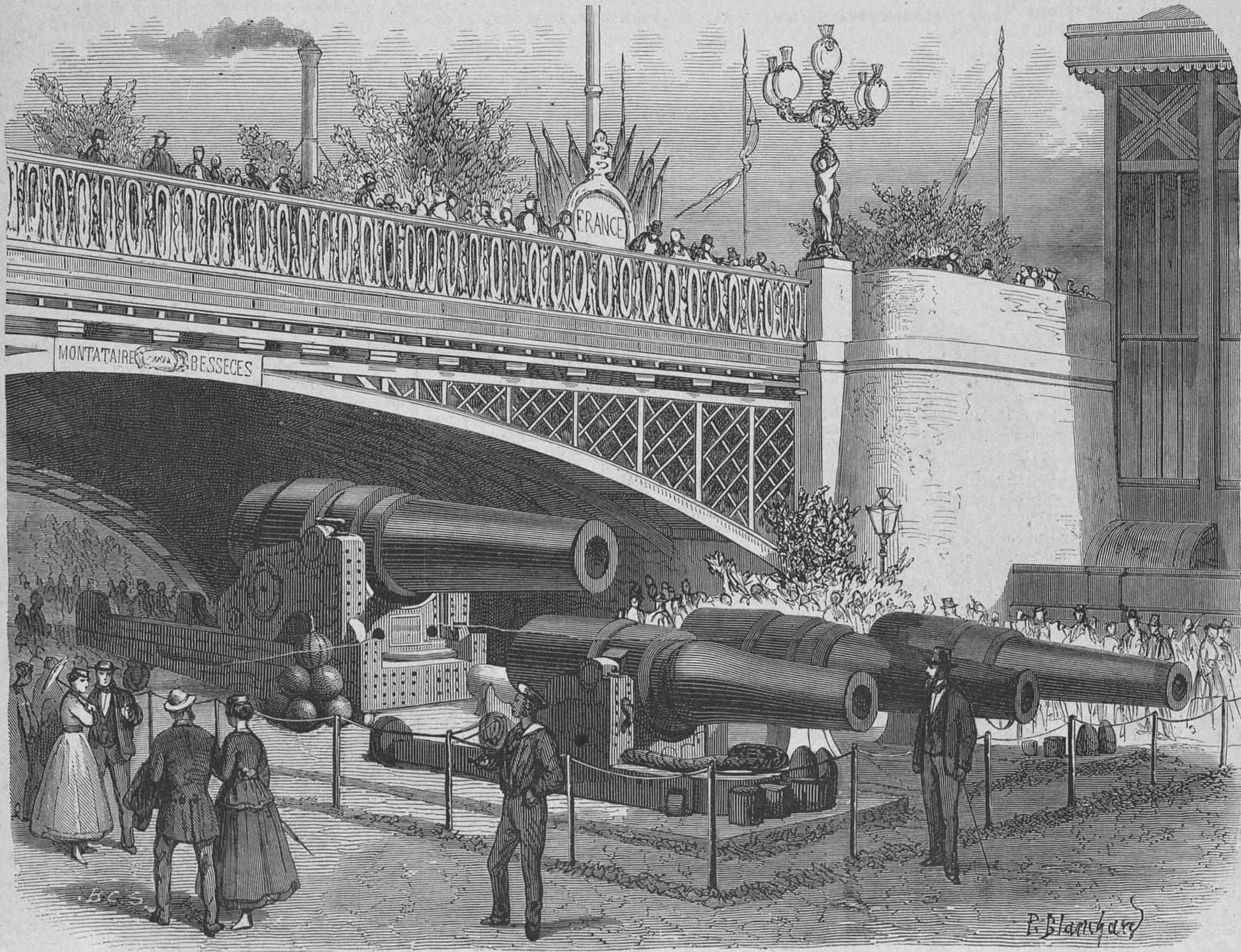
El pabellon del taicun en la seccion japonesa. — En el punto en que la calle de Africa desemboca en la galeria de las Máquinas, en la larga bóveda central entre el Egipto y Siam, el gobierno de Yeddo ha expuesto, bajo el vocablo especial del taicun, el maravilloso conjunto de sus productos, y justifica por el trofeo en globo, así como por cada pieza, el gran premio de honor que le ha concedido el jurado en el grupo del Material de las Artes liberales. Esta exposicion es nada menos que una revelacion. Los otros dos gobiernos del Japon, Satsouma y Fizen, bajo el nombre de sus taichious respectivos, exhiben un poco mas lejos pinturas, lacas, esmaltes, porcelanas, telas, tapices; bordados y muebles de primer orden; pero el pabellon de Yeddo lo domina todo de tal manera que parece que fuera de él no existe el Japon. Se acabó la China con sus dinastias de cacharros. Mientras se muere la tierra clásica de las porcelanas, hé aquí otra soberanía nueva y ya histórica, la soberanía del capricho y la curiosidad que se levanta, y que desde su primera aparicion ha conquistado el mundo de los artistas y de los aficionados á formar colecciones. Ya lo poseen todo: colorido, elegancia, variedad, formas exquisitas, ejecucion prodigiosa; preciso se-



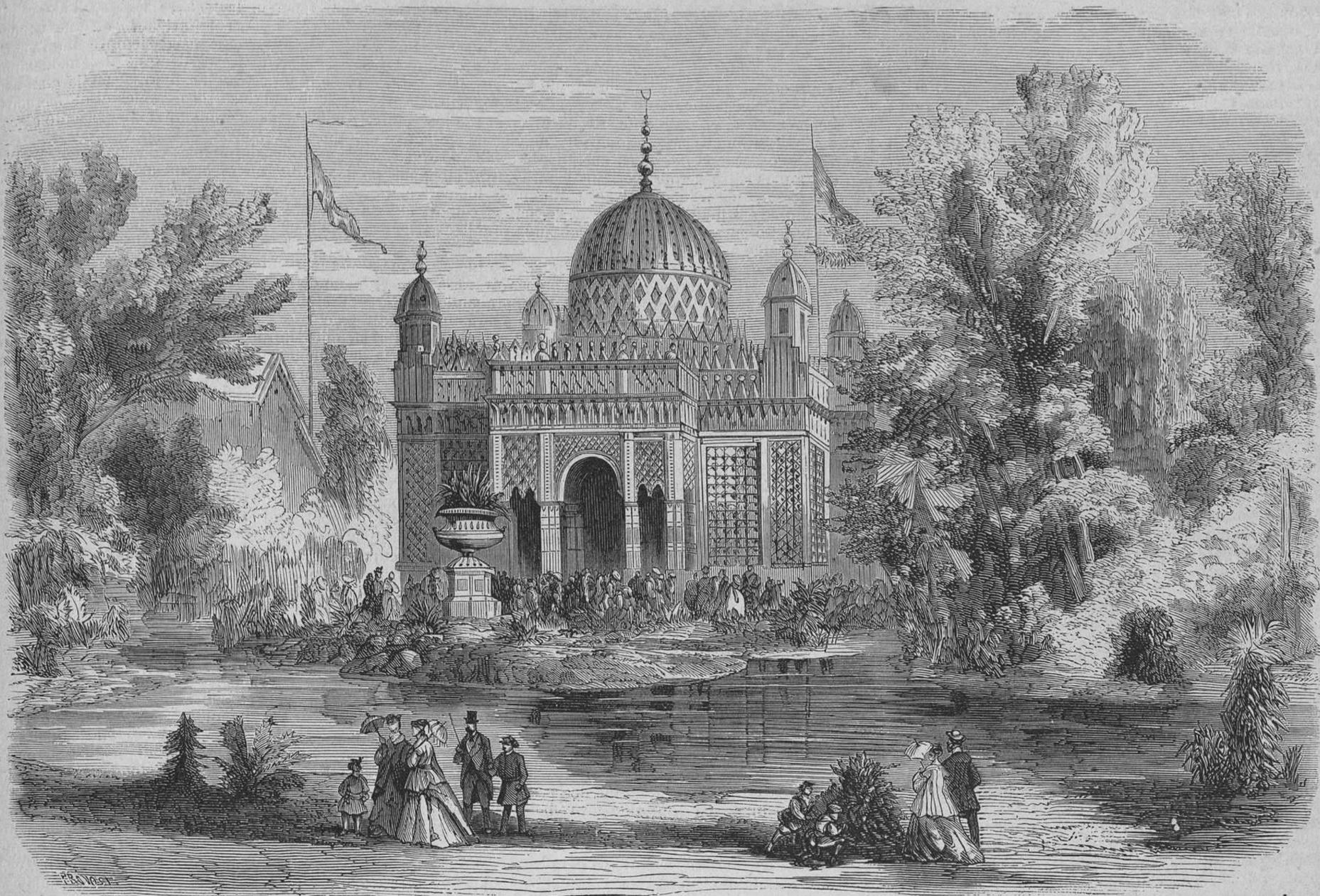
EXPOSICION UNIVERSAL. — El tornero musulman del pabellon egipcio.

rá que los aficionados renuncien á sus antiguas idolatrias ó hagan de nuevo su educacion. Tienen que ver la avidez y el precio con que todo se arrebatá, desde los palanquines de laca hasta las bandejas mas diminutas, desde los frascos inmensos hasta los pomos de bolsillo, desde los muebles enormes hasta las cajas minúsculas, desde las cubas colosales hasta las tacitas de muñeca.

Y todo esto se halla agrupado con un arte infinito bajo un pabellon que es ya por sí una maravilla. Al pié de los escalones, y dando frente á las cuatro entradas, hay enormes jarros de porcelana lacada de relieves de oro sobre fondo negro; vasos de bronce, dragones y vegetales fantásticos; copas gigantescas, lo mas bello del mundo; y luego hay palanquines, literas, aparadores, pebeteros, biombos, linterna; luego guerreros á caballo con vestiduras ostentosas, oro, púrpura y llama; luego escarlates donde el dibujo en papel de arroz, la pintura en telas, el dorado en seda, la concha sembrada de perlas, la laca, el esmalte, los metales incrustados, el marfil esculpido, todas las sustancias fabricadas, todas las materias primeras avasalladas, se muestran en una coleccion de objetos si no correctos, al menos de una originalidad y un capricho inaprecia-



EXPOSICION UNIVERSAL. — La bateria de los nuevos cañones de la marina francesa.



EXPOSICION UNIVERSAL. — El pabellon moruno de la seccion prusiana.



EXPOSICION UNIVERSAL. — La casa Waaser, en el parque.

bles; luego hay torres de porcelana, pagodas de cobre, juncos, armas, estandartes, vestidos, instrumentos aratorios, tapices y colgaduras; en fin, la nomenclatura no se acabaría.

Y sin embargo, todo esto no es nada, digámoslo así; el verdadero milagro está en el interior. Ahí pues, en ese santuario del extremo Oriente, debe penetrar el que quiera formarse una idea de la porcelana elevada á su suprema potencia, y despues de haberse detenido un instante para dejar pasar el primer deslumbramiento, debe recogerse y embriagarse en una contemplacion tan poderosa como nueva. Lo repetimos, y no queremos decir mas porque no damos aquí mas que una indicacion; los que creen haber visto ya en el Louvre, ya en Fontainebleau, ya en las colecciones célebres ó en las grandes almonedas, algunas piezas maestras de porcelana, de esmalte ó de laca, no han visto nada, lo que se llama nada que pueda compararse con el mayor número de las inauditas rarezas y de las magnificencias enteramente nuevas que encierra el pabellon, cuyo dibujo verán nuestros lectores en la página 236.

P. A. R.

Revista de la moda.

El figurin de modas que acompaña á este número representa, como de costumbre, las últimas novedades de la temporada.

Hé aquí en primer lugar un traje de caballero para vestir durante el día.

El frac es de hechura francesa, pero esta vez ofrece alguna diferencia de forma. Es como si dijéramos de mas etiqueta.

Con efecto, este frac se abre sobre el pecho y deja á descubierto el chaleco. Las proporciones del conjunto son menos raquiticas, y una parte de las solapas está forrada de seda.

Chaleco de piqué blanco cruzado, con dos hileras de botones.

Pantalon de rayas cortado estrecho y con trabillas.

Se ve tambien en nuestro figurin un traje de señora, traje sencillito cual ninguno, y que se usa para por las mañanas.

Desde luego llamaremos la atencion sobre el corpiño de tela bronceada de mezcla, con un ribete negro al rededor, así como en los hombros, en las mangas, para formar las bocamangas y en las carteras de los bolsillos que lleva al lado.

Bajo el corpiño una bonita camisa de batista, hechura de hombre, y una falda gris perla de faye de seda muy corta, sin ningun vuelo, y guarnecida con un simple volante á unos 40 centímetros de altura.

La última figura lleva un traje completo de la misma tela.

Compónese este traje de las prendas siguientes:

Chaqueta á la inglesa con mucha vuelta sobre el delantero.

En las caderas hay carteras y bolsillos, y las mangas ofrecen una anchura ordinaria. En una palabra, en todo el conjunto se observa cierta anchura que parece estará en moda y que se halla mas en relacion que la estrechez que hoy se usa con las nuevas telas.

Chaleco abotonado hasta arriba y cuello vuelto.

El chaleco, lo mismo que la chaqueta, están respunteados dos veces sobre los bordes exteriores: los dos respuntes guardan una distancia de 8 á 10 milímetros.

Pantalon cortado muy justo por todas partes y sin trabillas. En cada una de las costuras exteriores lleva un grueso respunte.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

PRIMERA PARTE.

I.

Ostran es una pequeña ciudad situada cerca del Oder, célebre hasta en Polonia por su gimnasio y por su alajé que se fabrica aun en el día con abundante y pura miel. En esta ciudad patriarcal habitaba hacia ya algunos años un registrador de rentas llamado Wohlfart, enteramente adicto al rey, el cual, exceptuando dos bribones de Ostran y un fabricante de gorras mal educado, amaba á todo el mundo. Habia descubierto el secreto de los placeres pacíficos, y se enorgullecía por su humilde estado. Se habia casado cuando ya no era muy joven, y habitaba en compañía de su esposa una linda casita cuyo jardin cuidaba y arreglaba él mismo; dichosos en su estado, los dos esposos no conocieron durante muchos años otra pena que la de no tener hijos. Al fin, despues de mucho esperar, madama Wohlfart adornó un día las blancas cortinas de algodón de su alcoba con una ancha

cinta y dos grandes lazos, metiéndose y permaneciendo durante algunas semanas, con asentimiento de todos sus amigos, en su limpia y aseada cama, despues de no haber tenido mas que el tiempo preciso para quitar de ella el último pliegue, y de cerciorarse de que su blancura no dejaba nada que desear. Detrás de las mencionadas cortinas nació el héroe de esta historia.

Al decir de su madre, Antonio era un muchacho encantador, que desde el día de su nacimiento estaba dotado de la mas extraordinaria originalidad. Estuvo mucho tiempo sin querer tomar el alimento en el hueco de la cuchara, obstinándose en mirar el mango como mas á propósito para este uso; mostraba una predileccion inexplicable á jugar con la borla de la gorra negra de su padre, y cada día, auxiliado por la niñera, se la quitaba furtivamente de la cabeza para volverla á colocar en seguida con la sonrisa en los labios, probando hasta la evidencia, en los grandes sucesos, que era un niño como no se habia visto ninguno. Su familia pasaba los mayores apuros del mundo para hacerle acostar; cuando oía el toque de la oracion de la tarde, hora en que acostumbraba recogerse, suplicaba frecuentemente juntando las manos que le dejaran todavía correr por la casa; una vez conseguido su objeto, estaba horas enteras acurrucado con el abecedario en la mano, sosteniendo una animada conversacion con la gallina roja pintada en la última página del libro, procurando persuadirle que le profesaba un cariño inalterable, y rogándole al mismo tiempo que no abandonara el cuidado de sus hijuelos dejándose asar por la cocinera.

A menudo sucedía que cuando mas entusiasmado estaba jugando con otros niños, se separaba de sus jóvenes camaradas para sentarse gravemente en un rincón del aposento y entregarse á sus reflexiones.

Ordinariamente estas terminaban yendo á buscar para sus padres ó compañeros algun objeto que suponía les habia de agradar. Pero su mayor placer era sentarse enfrente de su padre, cruzar sus piernecitas una encima de otra, como lo hacia aquel, y fumar en un canuto de sauco, todo por imitar á su señor padre, que fumaba continuamente en pipa. Entonces M. Wohlfart se veía obligado á contarle todo lo que podía proporcionarle entretenimiento, ó bien por su parte Antonio relataba cuentos, y segun la declaracion unánime de las mujeres de Ostran, lo desempeñaba con tanta gravedad y con una apostura tan imponente, que á pesar de sus ojos azules y de su hermosa y rolliza cara de niño, tenia completamente el aire de un hombrecito de Estado.

Era tan extraño que hiciera alguna travesura, que las mujeres de Ostran, dispuestas á verlo todo por el prisma de la fatalidad, fueron por largo tiempo de parecer que la existencia de aquel niño no podía ser de mucha duracion. Pero por fin Antonio aporreó un día en medio de la calle al hijo del consejero provincial, y perdió felizmente por esta travesura sus derechos á entrar en el reino de los cielos.

En conclusion, era un niño tan extraordinario como debia serlo naturalmente el hijo único de padres que tanto se querian. En la escuela elemental, como mas tarde en el gimnasio, servia de modelo á todos sus discípulos, y causaba el orgullo de su familia.

Si M. Wohlfart hubiese atendido el parecer del maestro de dibujo, que afirmaba haber encontrado en su hijo la materia dispuesta para hacer de él un buen pintor, y hubiese seguido los consejos del regente del aula para que estudiase las buenas letras, Antonio con sus excelentes disposiciones corria el riesgo bastante comun de verse colocado entre los hombres disfundidos, y de no encontrar el camino especial que requería su formal actividad para conseguir su objeto, si la casualidad no hubiese revelado su verdadera vocacion.

Todos los años por Navidad recibía por la diligencia nuestro registrador una caja conteniendo un pilon de azúcar superfino y un gran paquete de café. El azúcar comun lo machacaba su mujer, pero al hermoso pilon nadie le tocaba mas que él, poniendo tambien mucho cuidado en este trabajo particular, como si fuera un acto solemne, y estaba encantado de su rara habilidad para cortar los terrones cuadrados.

En cuanto al café, madama Wohlfart era la encargada de tomarlo, y el digno jefe de aquella familia saboreaba con un sentimiento de dulce satisfaccion la primera taza de aquella excelente bebida. Estos momentos de felicidad eran de esos cuyo perfume poético se impregna tan fácilmente en los corazones juveniles esparciéndose por toda la casa. En estos momentos de goce íntimo, le agradaba á Wohlfart contar á su hijo la historia que tenia relacion con el regalo.

Hacia ya muchos años que revolviendo el registrador un empolvado legajo de papeles, encontró un documento que se contaba perdido para la justicia y para todo el mundo, en el cual un rico propietario rentista de Posen declaraba deber algunos millares de escudos á una casa de comercio muy conocida en la capital. Era evidente que este crédito extraviado en tiempo de guerra y trastornos, habia sido colocado por equivocacion en un legajo adonde no correspondía.

M. Wohlfart puso en conocimiento del tribunal el feliz hallazgo que acababa de realizarse, merced al cual la casa de comercio se encontró en disposicion de ganar un pleito, de todo punto perdido, contra los herederos del deudor. El joven jefe de la expresada casa se habia dado prisa á informarse del nombre de aquel á quien debía la feliz terminacion de este negocio, y habiéndolo sabido, le escribió una carta muy atenta. El registrador por su parte rehusó toda clase de recompensa, declarando positivamente que no habia hecho mas que cumplir con el deber impuesto á su cargo.

A contar de aquella fecha, habia recibido regularmente todos los años, por Navidad, la remesa mencionada mas arriba, acompañada siempre de una carta muy agasajadora. Cada vez contestaba inmediatamente con una bella muestra de caligrafía, en la cual expresaba invariablemente su sorpresa por el inesperado presente, y felicitaba sinceramente al negociante con motivo del año nuevo.

Hasta cuando estaba á solas con su mujer, M. Wohlfart no daba ninguna importancia á aquella remesa, que calificaba de bagatela debida á la casualidad ó al capricho de un representante de la razon social T. O. Schroeter, y cuando su fiel dispensera, al formar sus cálculos, contaba cada año con la deseada caja, Wohlfart protestaba acaloradamente contra semejante esperanza, pero en el fondo de su corazon contaba con el envío.

No era el insignificante valor de algunas libras de azúcar y de café, sino la poesia de haber entablado ciertas relaciones íntimas con un desconocido, lo que le hacia muy dichoso; así es que guardaba todas las cartas de la casa Schroeter con tanto cuidado como las tres de amor que le habia escrito su esposa. Las reunía cuidadosamente formando cuaderno con cubiertas de seda negra y blanca. Habituándose al hermoso azúcar refinado y al buen café de moka, adquirió la reputacion de conocedor de frutos coloniales.

No podía menos de tratar con gran desprecio como productos ínfimos de la creacion, la melaza, por superior que fuese, y el café del Brasil. Empezó á tomar interés por los negocios comerciales, y se puso á estudiar el curso regular de los precios del azúcar y del café, consignado en los periódicos á continuacion de las noticias políticas, haciendo curiosas observaciones en términos completamente incomprensibles para los que no estaban iniciados en el lenguaje mercantil, llegando hasta el extremo de asociarse de corazon á las empresas de su amigo el negociante, y entregándose con el pensamiento á vastas especulaciones; cuando el precio del café estaba en baja, se ponía de mal humor, y se alegraba cuando subía el azúcar.

Sin duda que el lazo que unía á la familia del registrador con los negocios y el movimiento del gran mundo era muy ligero y algo aparente, y sin embargo, este lazo fué con el tiempo el hilo conductor que dió nueva direccion á los futuros destinos de nuestro Antonio, porque cuando el anciano Wohlfart estaba sentado por la noche en el jardin, cubierta su blanca cabellera con su casquete negro y la pipa en la boca, se extendía, como arrastrado por un secreto encanto, sobre las ventajas de un estado que proporcionaba abundantemente las mejores cosas del mundo, y en estos momentos de expansion, preguntaba riendo á su hijo si le agradaría ser comerciante.

En seguida, y como contestacion á la pregunta de su padre, la imaginacion del joven Antonio creaba un cuadro encantador, en el cual estaban mezclados, como las perlas de vidrio de colores del kaleidoscopio, grandes pilones de azúcar, pasas, almendras y doradas naranjas. Añadid á esto la graciosa sonrisa de los padres y el misterioso transporte que la llegada de la bienhadada caja habia provocado siempre en su casa, y comprendereis fácilmente que lleno de entusiasmo, exclamara:

— ¡Sí, padre mio! seré comerciante.

No se diga que esta vida no es poética. La poesia es una hechicera que reviste de mágico encanto todas las ocupaciones del hombre en la tierra. Pero es necesario que cada cual fije la atencion en las ilusiones que alimenta en los mas recónditos pliegues de su corazon, porque si se las deja crecer, acaban por dominarnos ejerciendo su tiranía.

De este modo vivió tranquilamente la familia del registrador muchos años. Antonio fué creciendo y siguió sucesivamente todos los estudios del gimnasio hasta llegar á la orgullosa prima. Cuantas veces su madre, hablando aparte con el registrador, le rogaba que fijara de una vez el porvenir de su hijo, le contestaba muy satisfecho:

— Su carrera está ya elegida, ya sabes que quiere ser comerciante. Que termine sus estudios en el gimnasio, y luego se abrirán ante él las puertas del mundo.

A los ojos de madama Wohlfart, el registrador, al parecer, quería hacer pasar al estudiante por el infalible tamiz de todos los honores académicos, pero interiormente no dejaba de abrigar algun temor cuando pensaba en la realizacion de sus sueños y de los de su mujer.

No obstante, á los días de felicidad sucedieron días de luto. Llegó un día en que las ventanas de la casa permanecieron cerradas largo tiempo. La antigua niñera subía y bajaba la escalera con los ojos arrasados en lágrimas: el médico vino, sacudió tristemente la cabeza, y el antiguo registrador, con su gorra de terciopelo en la mano, estaba colocado á la cabecera de la cama de su esposa, mientras Antonio arrodillado sollozaba al pie de la misma, apoyando en ella su rizada cabeza que la mano de su moribunda madre buscaba todavía para acariciarla.

Al día siguiente de esta cruel escena fué enterrada madama Wohlfart, y por la tarde, despues de los funerales, el desconsolado registrador y su pobre hijo estaban pálidos y solos sentados el uno enfrente del otro. De cuando en cuando Antonio se deslizaba detrás de los groselleros para llorar allí en silencio y con toda libertad. Su anciano padre se levantaba con frecuencia de la silla para irse igualmente á llorar á su dormitorio, adornado con cortinas y lazos blancos.

Despues de haber llorado mucho tiempo, el joven recobró el color de sus mejillas, pero el anciano padre

no pudo recobrar sus fuerzas. No se dolía de nada, fumaba en su pipa como de costumbre, se incomodaba como siempre cuando bajaba el precio del café, pero por mas que fumase y se incomodara, sentía un vacío en su corazón. Miraba frecuentemente á su hijo con aire triste y pensativo, sin que este pudiese adivinar lo que atormentaba tanto á su padre. Pero un sábado, habiendo preguntado de nuevo á su hijo si persistía en la idea de ser comerciante, y habiéndole contestado Antonio por la centésima vez que este era su mayor deseo, se levantó muy resuelto, llamó á la criada y la encargó que para el día siguiente alquilara un coche para ir á la capital. A pesar de las preguntas que le hizo su hijo, no reveló con qué objeto iba á hacer este viaje extraordinario.

El pobre anciano tenía sus razones para guardar silencio, porque si durante una veintena de años se había enorgullecido siempre de sus relaciones con el rico comerciante de la capital, le había faltado siempre el valor necesario para suplicarle que colocara á Antonio en su escritorio. El registrador calificaba interiormente de temerarias sus pretensiones, y sus derechos á este favor como enteramente nulos.

Varias veces se había propuesto dar el último paso para conseguir su deseo, y siempre lo había diferido; pero finalmente la solicitud del padre sobrepujó á la debilidad del hombre.

Al día siguiente, regresó muy tarde de la capital, y se encontraba en una disposición de ánimo enteramente diferente, sintiéndose mas feliz que jamás lo había sido desde el fallecimiento de su esposa. A su hijo que le había estado aguardando con la mas viva inquietud, le entusiasmó pintándole las satisfacciones incomparables anejas á los negocios, no economizando los elogios que hacía de su noble protector y de la gracia especial con que este había acogido su demanda.

Habiéndosele invitado á comer en casa de su benévolo amigo, había comido delicados pasteles y bebido buen vino de Chipre, al lado del cual el mejor vino de su casa de Ostran no era otra cosa que repugnante vinagre.

Consiguió la promesa formal de que Antonio, al cabo de un año, entraría como dependiente en el despacho de su respetable protector, habiendo llegado la bondad de M. Schröter al extremo de indicar los conocimientos preliminares que debía adquirir el futuro comerciante.

Desde el día siguiente, Antonio se puso á estudiar la aritmética en un gran libro de comercio, y disponía de una manera absoluta de algunos centenares de miles de libras esterlinas, que reducía á florines del Rhin, ó á marcos del Banco de Hamburgo, ó bien los cambiaba en miles-reis del Brasil, acabando por emplearlos en renta sobre los fondos públicos de Méjico, de los cuales sacaba con la mas grande seguridad buenos intereses hasta el diez por ciento.

Después de haber acumulado de este modo una fortuna colosal, se iba al jardín provisto de un librito que según el título debía hacer de él un inglés completo en un mes, y se esforzaba, con gran espanto de los gorriones y de los pinzones, en articular la A con ese acento que solamente es posible al hombre cuando pronuncia una letra con la fuerza que su complexión y su carácter al parecer le permiten.

Así trascurrió todavía un año. Antonio acababa de cumplir diez y ocho y de sufrir en el gimnasio sus exámenes de fin de curso, cuando un día á la hora acostumbrada los postigos de la casa del registrador quedaron segunda vez sin abrirse, la sirvienta corrió de nuevo, con los ojos llorosos, de un lado á otro de la casa, y la lámpara de noche esparcía tristemente su blanquecina luz en la habitación del enfermo. Esta vez el enfermo era el registrador.

Antonio estaba sentado delante de la cama de su padre, y le tenía cogido por ambas manos; pero el buen anciano no se dejó retener, y espiró en cuanto hubo bendecido á su hijo. Después de algunos días de un inmenso dolor, Antonio se encontró solo en la silenciosa morada, huérfano y pronto á entrar en una nueva faz de su vida.

Después de la muerte del anciano registrador se reconoció que había sabido calcular durante su vida. Dejó su casa en el orden mas completo; su herencia, que consistía en muy poca cosa, estaba arreglada hasta el último maravedí, y su testamento escrito en un papel que estaba encerrado en un cajón secreto de su escritorio.

Todo lo que la sirvienta había roto ó deteriorado durante el último año de su vida, se encontraba indicado en el lugar correspondiente y cargado en cuenta. En sus últimas disposiciones no olvidó nada; hasta se encontró una carta dirigida al comerciante Schröter, que el difunto había escrito en sus últimos días con temblorosa mano.

Un antiguo y fiel amigo de la familia había sido instituido tutor de Antonio y encargado de la venta de la casa, del jardín y del mobiliario. Un mes después de la muerte de su padre, Antonio traspasó, en una mañana de verano, el umbral de la casa paterna, de la cual puso las llaves en manos del tutor, entregó su equipaje á un cochero, y salió de la ciudad por la puerta que miraba hacia la capital, llevando en el bolsillo la carta de su padre dirigida al negociante.

II.

La yerba de los prados recientemente cortada empezaba á secarse bajo la influencia del sol del Mediodía, cuando Antonio estrechó la mano del cochero de Os-

tran, que le había conducido en su carruaje hasta la última estación antes de llegar á la capital, y se lanzó con paso rápido en el camino real. Era un hermoso día de verano; en las praderas rechinaban las hoces que el segador aguzaba sobre la piedra, y cruzando los aires, gorgueaba la infatigable alondra. La campiña se extendía por una vasta llanura ante la vista de nuestro viajero, y detrás de él en el horizonte se diseñaba una azulada línea de montañas.

Algunos riachuelos rodeados de grupos de alisos y sauces serpenteaban alegremente en medio del paisaje: cada riachuelo formaba un valle cubierto de prados y hermosos campos de trigo. Por todas partes se elevaban del fondo de los valles los brillantes campanarios de las iglesias, en medio de techos rojos y pardos y de un ancho círculo de bosques.

En muchos sitios una magnífica avenida de árboles y el techo de un gran edificio indicaba una residencia señorial, colocada al lado de las casas de la aldea, como el fiel perro del pastor al lado del rebaño.

Antonio marchaba por el camino ó mas bien volaba. Delante de él se presentaba el porvenir risueño como los campos que atravesaba, y una vida llena de agradables ensueños y dulces esperanzas. Después de largas horas de tristeza pasadas en una estrecha habitación, su corazón latía de nuevo con tanta fuerza como en otro tiempo. El ardor y la fortaleza de la juventud brillaban en sus labios y en sus ojos y todo en rededor de él respiraba vida y poesía.

Fluctuaba todo como una luz eléctrica, y él aspiraba á largas distancias los embriagadores perfumes que se exhalan de la tierra en flor. Tantas cuantas veces apercibía un segador en el prado, le saludaba gritando:

— ¡Eh, buenos días!

A lo que le contestaban alegremente:

— ¡Que los tenga Vd. muy buenos!

En los campos de trigo, las espigas inclinándose hacia sus tallos le saludaban graciosamente; á su sombra, millares de grillos repetían con su canto: *¡Qué bien se está al sol!* Todo un pueblo de gorriones estaba posesionado de un viejo sauce, y cuando Antonio se hubo parado delante del árbol, los reyecitos de los campos no huyeron, al contrario, inclinaron el cuello hacia él y le gritaron:

— ¡Buenos días, viajero! ¿á dónde vas?

Y Antonio contestaba por lo bajo:

— ¡A la ciudad, á vivir!

— ¡Buena suerte! gritaron los alegres pajarillos: ¡valor, adelante!

Antonio pasó por un sendero, en medio de un prado, atravesó un puente y se encontró en un bosquecillo lleno de hermosos caminos enarenados. A medida que se internaba observó que los sotos tenían cada vez mas el aspecto de un parque bien cuidado. Nuestro viajero dió la vuelta al rededor de algunos corpulentos árboles y se encontró enfrente de un prado. Detrás de este se elevaba una gran casa con un balcon y dos torreoncillos.

Colocándose en el balcon, por encima del prado, y por entre un ancho intervalo que dejaban los grupos de árboles, debían verse dibujados en lontananza los magníficos contornos de las montañas. Por los torreoncillos se encaramaban el agavanzó y la vid silvestre y debajo del balcon había un vestíbulo hospitalariamente abierto y decorado con jarros de flores.

Era una soberbia propiedad y sin duda había en aquellas cercanías otras mayores y mas bellas; pero para nuestro Antonio, que educado en una ciudad pequeña no había visto nunca de cerca la elegancia y el bienestar de un castillo señorial, tenía aquel edificio un aspecto muy imponente. Todo le parecía magnífico y grandioso.

El florido *parterre* con su cinto de aterciopelado césped, los variados grupos de plantas exóticas, este adorno en cuya coquetería se dejaba ver la experimentada mano del jardinero que había engalanado las avenidas de la casa señorial, alumbrado todo por un sol brillante, en medio de la calma de la naturaleza, le parecía la imagen de un país fantástico. Nuestro afortunado joven quedó de tal modo extasiado que se sentó en el camino á la sombra de un corpulento sauce y oculto entre el ramaje contempló largo tiempo aquel cuadro encantador.

¡Qué dichosos debían ser los mortales que habitaban aquel palacio! ¡Qué distinguidos y nobles debían ser sus dueños! Por un lado hermosas flores y árboles, por otro probablemente vastos patios con granjas y cuadradas llenas de caballos, bueyes y ovejas de la mas fina lana, porque ya antes de entrar en el parque Antonio había visto en un verde cercado varios potros que se holgaban alegremente.

El respeto por todo lo que se presenta con brillantez y resolución en el mundo era, por decirlo así, innato en el hijo del pobre registrador, y cuando, en su sencilla alegría á la vista de aquella magnificencia, recordaba lo que era, se consideraba como un ser sin valor ni importancia, incapaz de llamar la atención; como una especie de pigmeo á quien apenas debía verse encima de la yerba.

Involuntariamente llevó la mano al bolsillo para sacar los guantes, que eran de hilo amarillo, habiéndole asegurado su madre que parecían de seda, y los guantes de seda eran en el Ostran un lujo extremado. El pobre muchacho tuvo la convicción de que poniéndoselos, esto le realzaria algo cerca de lo que le rodeaba en aquel momento.

Hacia ya algun tiempo que estaba sentado disfrutando de una profunda soledad, cuando de pronto un poco de

vida vino á animar la calma del cuadro. Una figura de mujer con un lindo vestido claro con mangas de encaje blanco y uno de aquellos tocados que Antonio había visto en los retratos antiguos, se presentó en el balcon. Desde el sitio que ocupaba nuestro joven distinguió perfectamente los rasgos de su delicada fisonomía y los brillantes ojos fijos en el prado que se extendía á sus plantas.

La dama, apoyada en la balaustrada, estaba inmóvil como una estatua, y Antonio levantó hacia ella la vista con tímido respeto. Finalmente, por la puerta, que la dama había dejado abierta, salió volando un papagayo y fué á posarse en la mano de la noble castellana, dejándose acariciar por ella. Este animalito de vivos colores aumentó la admiración de Antonio.

Cuando al papagayo siguió una joven casi adulta, que con aire gozoso se abalanzó al cuello de la bella señora y que esta juntó tiernamente su mejilla con la de la amable niña, y en fin cuando vió al pájaro revolotear sobre la cabeza de sus dos amas y saltar chillando del hombro de la una al de la otra, Antonio se sintió tan profundamente conmovido que, cediendo al impulso irresistible de su corazón, se sonrojó internándose mas en lo sombrío del soto.

Pensando en las dos bellas apariciones del balcon, retrocedió con paso ligero como el que acaba de sufrir una sensación agradable. Habiendo vuelto á la grande avenida para buscar un camino que le condujera fuera del jardín, oyó de repente tras de sí el relincho de un caballo. Era la mas joven de las señoras, montada en un poney negro, que mostrando mucha seguridad se servía de la sombrilla á guisa de latiguillo.

Las señoras de Ostran no tenían la costumbre de pasear en caballos pequeños. Una sola vez había visto Antonio una volatinera con las mejillas muy coloradas, vistiendo una larga amazona, acompañada por un gran señor de barba negra, cabalgando detrás de un payaso, y deteniéndose á cada esquina para hacer encabritar á su caballo, después de lo cual el payaso dirigía á los pilluelos que se habían reunido los mas cómicos discursos.

En aquella época ya le había inspirado á Antonio la volatinera una extraordinaria admiración; en este día experimentaba el mismo sentimiento, pero en mas alto grado, y saludó respetuosamente á la joven señora. Esta se inclinó graciosamente, y luego deteniéndose de pronto su poney, le preguntó con amabilidad:

— ¿Buscáis á alguien? ¿Deseáis tal vez hablar á mi padre?

— Perdonad, dijo Antonio con el mas profundo respeto. Me parece que he tomado, sin querer, un camino vedado á los extraños. He venido por el sendero de los prados, y no he visto puerta ni cercado.

— La puerta está en el puente y está abierta durante el día, repuso la señorita dirigiendo á Antonio una amable mirada; porque como el respeto no es el sentimiento que generalmente inspira una joven de catorce años, nuestra amazona se veía excesivamente halagada por el extraordinario miramiento que le atestiguaba Antonio. Puesto que ya estais en el jardín, ¿no queréis recorrerle un poco? y tomando cierto aire de dignidad, añadió: Me alegraría mucho que pudiera ser de vuestro agrado.

— Ya me he tomado esa libertad, contestó Antonio saludando de nuevo, he llegado hasta la pradera que hay delante del castillo. ¡Es magnífico! exclamó el pobre joven lleno de entusiasmo.

— Sí, dijo la joven, conteniendo siempre á su poney. Mamá es la que ideó el plano y se lo entregó al jardinero.

— ¿La noble señora á quien he visto en el balcon, es vuestra madre? preguntó Antonio tímidamente.

— ¡Ah! ¿nos habeis estado acechando? exclamó la joven amazona midiéndole con la vista. Eso no es regular.

— No os incomodeis, os lo ruego, repuso Antonio con mucha humildad. Me he retirado en seguida; pero era muy hermoso ver á dos señoras una al lado de la otra, rodeadas de matorrales de abiertas rosas y de verdes pámpanos. Este es un espectáculo que no olvidaré jamás, añadió con seriedad.

— ¡Es encantador! dijo entre sí la joven, y tomando luego un aire afable, continuó en alta voz: Puesto que habeis visto ya una parte de nuestro jardín, es necesario que visiteis los sitios desde donde se descubren hermosos puntos de vista. Yo voy allá precisamente... ¡si quereis acompañarme!...

Antonio siguió á su guía en la mas dichosa disposición de espíritu. La señorita se tomó la pena de hacer marchar su caballo al paso. Mientras explicaba á Antonio diferentes cosas le mostraba grandes mazorrales de árboles y algunas bellas perspectivas.

Poco á poco fué despojándose de su tono de superioridad, y habiéndose roto la valla que los separaba, se hablaron en seguida como si hiciese mucho tiempo que se conocían. En fin, la joven amazona echó pié á tierra cuando teniendo que bajar algunos escalones se le presentó una ocasión oportuna, y conducía á su poney por la brida.

Habiéndose atrevido Antonio á pasar la mano por el cuello del animal, este acogió favorablemente la caricia del extranjero, poniéndose por su parte á olfatearle los bolsillos.

— Tiene confianza en vos, dijo la señorita; es un animal inteligente; y pasando la brida por encima de la cabeza del caballo y dándole un golpecito partió en seguida al trote. Estamos cerca de la huerta, sabe que no puede entrar, y así es que se vuelve á la cuadra, á lo que está acostumbrado.

— Ese poney es un verdadero prodigio, exclamó Antonio.

— Yo soy su favorita, repuso la señorita, me obedece á la voz.

Antonio encontró la adhesión del poney muy natural, atribuyó el mismo sentimiento al papagayo, y estuvo dispuesto á sostener que las demás criaturas de la tierra debían abrigar todas iguales sentimientos respecto á su amable *cicerone*.

— Creo que tendreis familia, dijo repentinamente la jóven, apoyando su sombrilla contra la rama de un árbol y mirando á Antonio.

— No, contestó este tristemente. Mi padre ha muerto apenas hace un mes, y ya hace un año que perdí á mi madre. Estoy solo en el mundo y voy á la capital...

Sus labios temblaron al recuerdo de la última pérdida que acababa de sufrir.

La jóven se conmovió viendo el dolor pintado en el rostro del extranjero.

— ¡Pobre señor! dijo, venid pronto que os enseñaré todavía otras cosas. Mirad los criaderos de las frutas primaverales, aquí el cuadro de las fresas: puede que todavía haya algunas. Francisco, le dijo al jardinero, traednos la fuente de las fresas.

Francisco corrió en busca de lo que le pedían. Ella cogió en seguida la fuente y presentándosela al hijo del registrador con una benévola sonrisa, le dijo:

— Tomad caballero, tened la bondad de aceptar estas fresas. Nadie sale del castillo de mi padre sin haber probado los mejores fratos de la estación. Tomad, os lo ruego, dijo insistiendo.

Antonio tenía la fuente en la mano y los ojos humecidos por las lágrimas; pero vivamente conmovido, miraba á la jóven.

— Yo comeré con vos, dijo tomando una ó dos fresas.

En vista de lo cual Antonio obedeció vaciando la fuente.

— Ahora os conduciré fuera del jardín, repuso la jóven.

El jardinero abrió una puertecita, y ella condujo al viajero hasta un estanque donde nadaban unos cisnes con sus hijuelos.

— Se acercan, dijo Antonio.

— Sí, porque saben que siempre tengo para ellos alguna cosa en el bolsillo. Luego, desatando la cadena de una barquilla, añadió: Entrad, caballero, yo os pasaré en mi barca. Vuestro camino está al otro lado de la orilla.

— No puedo permitir que os tomeis ese trabajo; dijo Antonio sin decidirse á entrar en la barquilla.

— No rehuséis aceptar mi ofrecimiento, repuso la jóven, tengo en ello un placer.

Se sentó al lado del gobernalle y se puso á manejar hábilmente el ligero remo detrás de la canoa. Atravesó lentamente el estanque seguida por los cisnes, deteniéndose de cuando en cuando para echarles algunos pedacitos de pan.

Antonio sentado enfrente de ella parecía un bienaventurado, que sufría los efectos de un encantamiento: veía en el fondo del paisaje el oscuro follaje de los árboles,

en derredor suyo las límpidas aguas cuyo dulce murmullo iba á morir al pié de la barquilla, y frente á frente de él la jóven batelera de talle esbelto y flexible, de ojos azules y brillantes con el rostro animado por una graciosa sonrisa.

Luego seguían los cisnes, fiel cortejo de la reina de aquellas aguas. Todo esto formaba una ilusión como las que se experimentan solo cuando es un jóven. Habiendo llegado el botecillo á la orilla, Antonio saltó en tierra, y dando un adiós á la hermosa jóven le tendió involuntariamente la mano.

— Adios, contestó la batelera tocando con la punta de sus dedos la mano de Antonio.

— Y aun cuando le dieras al contado á ese baron cien mil escudos, no te cedería las tierras que ha heredado de sus padres, dijo inopinadamente una voz aguda detrás de Antonio.

Este se volvió encolerizado; la visión encantadora había desaparecido y se encontraba en medio del polvo del camino. A poca distancia de él había un jóven que estaba apoyado en el tronco de un sauce, miserablemente vestido, que llevaba un lio debajo del brazo, y miraba á nuestro héroe con tranquila imprudencia.

— ¿Eres tú, Veitel Itzig? exclamó Antonio, sin disimular el disgusto que le causaba este inesperado encuentro.

Es menester confesar que el aspecto del jóven Itzig era muy poco seductor: flaco, pálido y descarnado, con sus cabellos rojos y encrespados, vistiendo una raída chupa y un pantalon usado hasta el extremo de dejar ver la trama del tejido, debía inspirar mayor interés á un gendarme que á ningun otro viajero.

Nacido en Ostran, había sido camarada de Antonio en la escuela elemental. Este había tenido en otro tiempo ocasion, haciendo uso valerosamente de su lengua y de sus puños, de librar á Itzig, al jóven judío, de los malos tratamientos de sus condiscipulos, y de adquirir á lo menos, á sus ojos, el título de protector de la inocencia oprimida.

Un dia, entre otros, tuvo lugar una terrible escena, sirviendo de pretexto una salchicha para causar á Itzig dolorosas sensaciones. Antonio abogó con tanto valor en favor de Itzig que salió con un chichón en la frente, mientras sus adversarios, heridos, se salvaron gimoteando detrás de la iglesia, donde se comieron la morcilla en cuestión.

Desde este dia, Itzig mostró cierta predilección por Antonio, y se la probaba haciéndose ayudar por su protector en los lances difíciles, sabiendo, cuando se presentaba ocasión, hurtarle á Antonio un pedazo de pan: nuestro héroe había tolerado cerca de sí á su desgraciado camarada, que bien necesitaba de un protector, mucho mas habiéndose sospechado alguna vez que robaba plumas para venderlas á sus compañeros de escuela.

Durante los últimos años, nuestros dos jóvenes se habían visto poco, pero lo bastante sin embargo, para que Itzig

tuviese ocasion de recordar las maneras familiares que están en uso entre antiguos camaradas de clase, dirigiendo tal cual vez la palabra á Antonio y permitiéndose algunas chanzonetas.

— Dicen que vas á la gran ciudad para iniciarte en los negocios, continuó Veitel. Aprenderás á hacer cucuruchos y á vender jarabe á las viejas; yo tambien voy á la ciudad para hacer fortuna.

Antonio, indignado por este discurso insolente y por el tuteo familiar que el antiguo condiscipulo de la escuela elemental se permitía siempre con él, le dijo:

(Se continuará.)



EXPOSICION UNIVERSAL. — Galería de las máquinas: el Japon. — (Véase página 232.)

Hizo virar la barquilla y se retiró lentamente. Antonio se lanzó por encima del césped hasta la calzada que estaba á mayor altura, y siguió desde allí el curso del agua. El botecillo abordó cerca de un grupo de árboles, la jóven se volvió todavía una vez para mirarle y luego desapareció por entre la arboleda.

Por una clariana del parque, Antonio divisó el castillo, cuyo trecho dominaba orgullosamente la llanura. La bandera flotaba graciosamente en el torreoncillo y los rayos del sol iluminaban la fresca verdura de las plantas parásitas que se encaramaban por la sombría piedra del muro.

— ¡Qué bienestar! ¡qué nobleza! dijo Antonio.

tuviese ocasion de recordar las maneras familiares que están en uso entre antiguos camaradas de clase, dirigiendo tal cual vez la palabra á Antonio y permitiéndose algunas chanzonetas.

— Dicen que vas á la gran ciudad para iniciarte en los negocios, continuó Veitel. Aprenderás á hacer cucuruchos y á vender jarabe á las viejas; yo tambien voy á la ciudad para hacer fortuna.

Antonio, indignado por este discurso insolente y por el tuteo familiar que el antiguo condiscipulo de la escuela elemental se permitía siempre con él, le dijo:

(Se continuará.)



VENADOS EN ACECHO.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Esto es todo lo que sé de la historia, dijo la matrona dirigiéndose á Monks despues de un corto silencio; y os aseguro que nada mas quiero saber. Pero ¿me permitireis haceros dos preguntas?

— Hacedlas, dijo Monks con aire sorprendido; falta saber si yo querré contestar ó no, lo cual da lugar á otra pregunta.

— Entonces son tres, observó Bumble queriendo echarla de gracioso.

— ¿Es eso lo que esperábais obtener de mí? preguntó la matrona.

— Sí, dijo Monks; ¿y la otra pregunta?

— ¿Qué pensais hacer? ¿Podeis serviros de eso contra mí?

— Jamás, contestó Monks, ni contra mí tampoco, mirad, pero no deis un paso, porque sino sois muerta.

Al decir estas palabras hizo rodar la mesa, hasta el otro extremo de la habitacion, y empujando un anillo de hierro fijo en el suelo, abrió una enorme trampa, precisamente bajo los piés de Bumble, quien se hizo atrás con precipitacion.

— Mirad al fondo, dijo Monks haciendo bajar la linterna hasta el abismo; no tengais miedo; si hubiese querido, os habria precipitado ya cuando estábais sentados.

La matrona, mas tranquila, se aproximó al borde de la trampa, y él mismo Bumble, impelido por la curiosidad, se atrevió á hacer lo mismo. La rápida corriente, engrosada con la lluvia, parecia hervir en el fondo del abismo, y el estruendo del agua al estrellarse contra los verdosos cimientos del edificio, apagabá todos los demás rumores.

En otro tiempo habia habido allí un molino, y las aguas, convertidas en blanca espuma en derredor de la vieja rueda, parecian lanzarse con nueva fuerza, des- embarazadas ya de los obstáculos que en vano tratara de contener su impetuosa corriente.

— Si se arrojase al fondo el cuerpo de un hombre, ¿dónde se le encontraria mañana? preguntó Monks paseando su linterna en derredor del sombrío abismo.

— A doce millas de aquí y hecho pedazos, contestó Bumble retrocediendo de espanto ante aquella idea.

Monks sacó de su pecho la bolsita, que presuroso habia ocultado, y despues de atarla sólidamente á un pedazo de plomo, que habia pertenecido á una polea que estaba en el suelo, arrojóla al abismo, donde cayó en línea recta, dejando oír un ligero ruido.

Miráronse entonces los tres actores de aquella escena, y parecieron respirar con mas libertad.

— ¡Mirad! dijo Monks cerrando la trampa, si alguna vez devuelva el mar los muertos que tiene en su seno, segun dicen los libros, guarda al menos el oro y la plata, y por consecuencia, hará lo mismo con esa bagatela. Nada tenemos que deciros ya; así pues, podemos dar por terminada esta agradable conversacion.

— De buena gana, observó Bumble apresuradamente.

— Supongo que no sereis hablador, dijo Monks dirigiendo á Bumble una mirada amenazadora. En cuanto á vuestra mujer estoy seguro de ella.

— Contad conmigo, jóven, contestó Bumble cortésmente haciendo infinitas reverencias hácia la escalera. En ello va mi interés como el vuestro y el de todo el mundo, señor Monks.

— Me alegro mucho de oiros hablar así; ahora encended vuestra linterna y despejad cuanto antes.

Felizmente terminó con aquello la conversacion, pues de otro modo, Bumble que al hacer una profunda reverencia, se habia inclinado hasta tocar la escalera, hubiera caído por ella infaliblemente.

Encendió su linterna en la de Monks, y sin tratar de seguir la conversacion, bajó, seguido por su mujer. Monks bajó el último despues de asegurarse que no se oia mas ruido que el de la lluvia que caia á torrentes y el del agua que se estrellaba contra los cimientos del viejo caseron.

Atravesaron un pasadizo lentamente y con precaucion, pues Monks se estremecia solo con ver su sombra, y Bumble con su linterna en la mano, caminaba no solo con notable cautela, sino con una ligereza poco comun en un hombre de su corpulencia, creyendo ver en todas partes alguna trampa secreta.

Monks abrió con sigilo la puerta por donde habian entrado, hizo una ligera inclinacion de cabeza, y los dignos esposos se pusieron en camino en medio del lodo y las tinieblas.

Apenas hubieron salido, Monks, á quien parecia inspirar la soledad una invencible repugnancia, llamó á un muchacho que estaba oculto en el piso bajo, y haciéndole pasar delante de él con la linterna en la mano, volvió al cuarto que acababa de dejar.

XXXIX.

Como unas dos horas antes de la entrevista que he-

mos hallado en el capítulo anterior, despertábase Guillermo Sikes, que acababa de echar un sueño, y preguntaba qué hora era.

La habitacion de Sikes no era ya una de aquellas que ocupara antes de su expedicion á Chertsey, aun cuando estuviese en el mismo barrio y á poca distancia de su antiguo alojamiento. Era un cuartito mal amueblado donde no penetraba la luz del dia sino por una ventana practicada en el techo, que daba á una estrecha y sucia callejuela.

Conociáse en todo que aquel digno hombre habia experimentado reveses de fortuna. Pocos ó ningun mueble, falta total de *comodidad*, desaparicion de la ropa y otros objetos menudos; todo en fin anunciaba una existencia extremadamente miserable.

Además de esto, el enflaquecimiento y aspecto de Sikes eran suficientes para confirmar los síntomas de su precaria situacion.

El bandido estaba echado sobre la cama, envuelto en su gran leviton blanco, que hacia las veces de bata, y su palidez cadavérica, su gorro de dormir manchado y su barba sin afeitar le daban aun peor aspecto.

Hallábase el perro al lado de la cama, tan pronto mirando á su amo como enderezando las orejas y gruñendo al menor ruido que se oia en la calle ó en la casa. Cerca de la ventana veíase una mujer trabajando activamente en arreglar un chaleco viejo del bandido. Estaba tan pálida y extenuada por las vigiliias y las privaciones, que á no ser por la voz era difícil reconocer en ella aquella Nancy, que ha figurado ya en esta historia.

— Las siete acaban de dar, dijo la jóven; ¿cómo te encuentras, Guillermo?

— Débil como un niño, contestó Sikes lanzando un juramento; ven aquí y dame la mano para que pueda salir de esta maldita cama.

La enfermedad no habia dulcificado el carácter de Sikes, pues cuando la jóven le hubo ayudado á que se levantara para sentarse, murmuró algunas imprecaciones acerca de su torpeza y la pegó.

— Ya estás lloriqueando; vamos, acaba pronto, que es lo mejor que puedes hacer; ¿me entiendes?

— Sí, contestó la jóven volviendo la cabeza y esforzándose por sonreír; ¡qué cosas te se meten en la cabeza!

— ¡Oh! ya cambias de tono, dijo Sikes, viendo una lágrima detenerse temblorosa en los ojos de Nancy; te aseguro que haces bien.

— ¿Quieres decir con eso que tienes ganas de maltratarme esta tarde, Guillermo? dijo la jóven poniéndole una mano sobre el hombro.

— ¿Por qué no? repuso Sikes.

— Hace muchas noches, replicó la jóven con dulce acento, hace muchas noches que te velo y te cuido como á un niño, y esta, que es la primera vez que vuelves en tí, lo primero que haces es pegarme. Confiesa que no has reflexionado, pues de lo contrario no lo hubieras hecho. Vamos, confiesa esto.

— ¡Pues bien! no, no lo hubiera hecho, contestó Sikes. ¡Bien! ya la tenemos llorando otra vez; ¡el diablo me lleve!

— No es nada, Guillermo, dijo Nancy dejándose caer sobre una silla; no hagais caso, esto pasará pronto.

— ¿Qué es lo que pasará pronto? preguntó Sikes con su acento rudo; ¿qué tonterías son estas? Vamos, en pié, menéate; no me impacientes con tus necesidades de mujer.

En cualquier otra circunstancia, aquellas palabras, y el tono con que fueron pronunciadas, hubieran alcanzado su objeto; pero la jóven, que estaba realmente cansada y sin fuerzas, inclinó su cabeza sobre el respaldo de la silla y se desmayó antes que Sikes hubiese tenido tiempo de proferir las blasfemias con que acostumbra apoyar sus amenazas.

No sabiendo qué hacer en semejante circunstancia, recurrió primero á sus juramentos, y viendo que eran inútiles, pidió socorro.

— ¿Qué sucede, amigo mio? dijo Fagin abriendo la puerta.

— Cuidad de esa chica y no charleis tanto, contestó Sikes con impaciencia.

El judío lanzó un grito de sorpresa y se apresuró á socorrer á Nancy, en tanto que el *Truhan*, que habia entrado detrás de su respetable amigo, depositaba en el suelo un paquete, y cogiendo una botella de manos de Charlot Bates, que iba con él, la destapaba para verter una parte del contenido en la boca de la pobre desmayada.

— Dala aire con el fuelle, Charlot, dijo el *Truhan*, y vos, Fagin, frotadle las manos, en tanto que Sikes le alfoja el vestido.

Aquellos diversos socorros administrados con singular energía, y particularmente el ejercicio del fuelle, que parecia divertir mucho á Bates, encargado de la operacion, no tardaron en producir el objeto deseado.

La jóven volvió en sí poco á poco, y arrastrándose hácia una silla colocada al lado de la cama, ocultó el rostro en la almohada, dejando á Sikes interpelar á los recién venidos por su imprevista llegada, que le causaba la mayor sorpresa.

— ¡Y bien! ¿qué mal viento os trae por aquí? preguntó á Fagin.

— No es un mal viento, amigo mio, replicó Fagin, pues este no trae nunca nada bueno, y yo os traigo una cosa que os alegrará la vista.

Y dirigiéndose al *Truhan*, le dijo:

— Amigo mio, abrid ese paquete y dad á Sikes las bagatelas que nos han costado esta mañana todo nuestro dinero.

Obedeció el *Truhan*, y abriendo el paquete, que era bastante grande, comenzó á pasar uno á uno á Charlot Bates los objetos que contenia, encomiando de paso su excelencia.

— Hé aquí un pastel de conejo, Guillermo, exclamó, descubriendo uno de los objetos; este es un manjar tan delicado que hasta los huesos pueden comerse; ved media libra de té verde, tan bueno y fuerte, que solo echarle en el agua hirviendo basta para que esta se salga de la tetera; aquí teneis tambien libra y media de azúcar morena, de lo mas exquisito que se saca de las islas; dos panes pequeños, muy apetitosos; un queso de Gloucester de primera calidad; y por fin, para coronarlo todo, la cosa mas suculenta que jamás habeis probado.

Así diciendo, y terminado su penagórico, Bates sacó de su profundo bolsillo una gran botella de vino, cuidadosamente lacrada, en tanto que el *Truhan* llenó un vaso del licor que traia, el cual apuró el convaleciente Sikes de un solo trago, sin vacilar lo mas mínimo.

— ¡Ah! exclamó el judío restregándose las manos con satisfaccion; esto irá bien ahora, Guillermo: esto irá bien.

— Sí, pero entre tanto podia haberme ido veinte veces al otro mundo, sin que pensárais en auxiliarme, replicó Sikes. ¿Cómo se entiende, viejo bribon, dejar á un hombre en este estado por espacio de tres semanas, sin socorrerle!

— ¿Lo oís? dijo el judío á sus discípulos encogiéndose de hombros; ¿oís lo que dice, cuando le traemos tantas cosas buenas?

— No es de eso de lo que me quejo, repuso Sikes, apaciguado un poco, al dirigir una mirada á la mesa; pero ¿qué excusa podeis dar por haberme dejado así enfermo y careciendo de todo, como si yo fuera ese perro que está ahí? Alejadle de ahí, Charlot.

— En mi vida he visto un perro tan malicioso como este, dijo Bates ejecutando la orden de Sikes; huele los víveres como una vieja comadre en el mercado, y estoy seguro, que hubiera hecho fortuna en el teatro.

— ¡Vaya! menos ruido, dijo Sikes, mirando al perro, que se metía gruñendo debajo de la cama; y vos, viejo miserable, veamos qué teneis que decir para excusaros.

— He estado ausente de Lóndres por espacio de una semana, amigo mio, dijo Fagin.

— ¿Y durante los otros quince dias? preguntó Sikes; ¿por qué me habeis abandonado como á una rata enferma en su agujero?

— No he podido remediarlo, Guillermo, contestó el judío; no puedo entrar ahora en mas detalles delante de testigos; pero os doy mi palabra de que no me ha sido posible hacer otra cosa.

— ¡Vuestra palabra! replicó Sikes con acento de profundo desden; ¡vaya! muchachos, cortadme un pedazo de pastel para que se me quite el mal gusto que me ha dejado esa frase en la boca, pues de lo contrario se me va á indigestar.

— No os incomodeis, amigo mio, dijo Fagin con humildad; yo no os he olvidado nunca, ni un instante; ¿lo entendeis?

— ¡Oh! ya lo creo; habreis pensado en mí, contestó Sikes con una amarga sonrisa, mientras yo estaba en este lecho atacado por la fiebre; pero no habrá sido mas que para combinar planes, mientras os diriais: Cuando Guillermo esté bueno hará esto ó hará lo otro, y todo sin que me cueste nada. Sin esta chica me hubiera muerto.

— ¡Y bien! Guillermo, repuso el judío cogiendo la frase al paso; ¿sin esa muchacha, decis? Pues ¿quién es el que os ha suministrado los medios de tenerla á mano? ¿No he sido yo?

— En cuanto á eso, es verdad, dijo Nancy acercándose presurosa; vaya, ya basta de esta cuestion; acabemos pronto.

La intervencion de Nancy hizo tomar á la conversacion otro giro. A una seña del judío, los muchachos invitaron á la jóven á que bebiese, pero esta lo hizo muy moderadamente, y Fagin, dejándose llevar de una alegría poco comun, puso á Sikes de mejor humor, aparentando tomar como chistosas bromas sus amenazas y celebrando sus bravatas.

— Todo eso es muy bueno, dijo Sikes; pero es preciso que me deis dinero esta noche.

— No llevo encima un cuarto contestó el judío.

— Entonces tendreis en casa la bolsa, replicó Sikes, y es menester que me deis lo que me corresponde.

— ¡La bolsa! exclamó el judío alzando las manos; no hay mas que...

— Yo no sé lo que hay ni lo que teneis, y quizás no lo sepais vos mismo tampoco, pues necesitariais mucho tiempo para contarlo todo; pero necesito dinero esta noche, y ha de ser una suma redonda.

— Bueno, bueno, contestó el judío suspirando; voy á enviar al *Truhan* en seguida.

— Nada de eso, replicó Sikes; el *Truhan* es demasiado truhan para este negocio. Se le olvidaria volver, se le perderia en el camino, ó se dejaría caer á propósito en alguna trampa para no verse precisado á inventar una excusa. Para mayor seguridad, Nancy irá á buscar el dinero á vuestra guarida, y entre tanto, yo echaré un sueño.

Despues de una acalorada discusion, el judío redujo la suma de cinco libras esterlinas, que pedia Sikes, á tres libras, cuatro chelines y seis peniques, jurando por sus dioses que no le quedaban mas que diez y ocho peniques.

Sikes observó que si no se podia obtener mas, preciso era contentarse con aquella suma, y Nancy se dispuso

acompañar al judío á su casa, en tanto que el *Truhan* y Bates encerraban los viveres en el armario. Despidióse el judío de su fiel amigo, y volvió á su casa con Nancy y los muchachos, mientras Sikes se tendía sobre su cama, disponiéndose á echar una siesta hasta la vuelta de la joven.

Al volver á su casa, el judío encontró á Toby Crackit y á Chitling jugando su décimaquinta partida de ecarté. El segundo perdía, como ya se comprenderá, con gran chacota de sus jóvenes amigos, y Crackit, probablemente un poco avergonzado de que le sorprendieran limpiando el bolsillo á un individuo tan inferior á él por la posición y las facultades intelectuales, tosió, preguntó cómo estaba Sikes y se puso el sombrero para marcharse.

— ¿No ha venido nadie, Toby? preguntó el judío.

— Ni un alma, contestó Crackit, y esto es para aburrirse. Deberíais hacerme un buen regalo, Fagin, para recompensarme por guardar la casa tanto tiempo. A fe que ya me hubiera dormido á no tener la complacencia de distraer á este joven novicio. Os aseguro bajo mi palabra de honor, que me aburro espantosamente.

Al mismo tiempo Toby Crackit, despues de aquellas geremiadas, recogió los naipes, se embolsó las ganancias con aire desdenoso, como si aquella moneda menuda fuese indigna de un hombre de su rango, y salió con un paso tan distinguido y elegante, que Chitling, despues de haber contemplado con admiracion sus piernas y sus botas hasta perderle de vista, declaró á los concurrentes que quince piezas de á cinco peniques no era mucho por tener el gusto de conocer á Toby, y que no le importaba un pito haber perdido.

— ¡Vaya un cuerpo raro que teneis, Tom! dijo Bates, á quien divertía mucho aquella declaracion.

— Nada de eso, contestó Chitling; ¿no es verdad, Fagin?

— Sois un guapo chico, querido, repuso el judío, dándole un golpecito en la espalda y guiñando el ojo á sus discípulos.

— Y Crackit es un buen espada; ¿no es verdad, Fagin? prosiguió Chitling.

— Sin duda, amigo mio, contestó Fagin.

— Y es un buen negocio haber hecho conocimiento con él; ¿no es verdad, Fagin? prosiguió Chitling.

— Es evidente, repuso el judío; dejadles que hablen. ¿No veis que tienen envidia de que no se familiaricen con ellos como con vos?

— ¡Ah! exclamó Chitling con aire triunfante, eso es. Es verdad que me ha dejado sin blanca, pero ya podré reparar mis pérdidas cuando quiera; ¿no es verdad, Fagin?

— Sin duda, repuso el judío, y cuanto antes mejor, Tom. Os aconsejo que vayais en seguida. Y vosotros, *Truhan* y *Charlot*, ya deberíais estar en campaña; son cerca de las diez y nada habeis hecho aun, nada.

Los muchachos obedecieron al momento, y haciendo una inclinacion de cabeza á Nancy, cogieron sus sombreros y se marcharon, gastando infinitas bromas á costa del buen Chitling, por mas que no hubiese nada de extraño en su conducta. ¡Cuántos jóvenes de buen tono pagan mas caro que Chitling el ser admitidos en la buena sociedad, y cuántos elegantes de los que forman esa buena sociedad, establecen su reputacion bajo el mismo pié que el remilgado Toby Crackit!

— Ahora, Nancy, dijo el judío cuando se quedaron solos, voy á contarte el dinero. Esta es la llave de un cofrecito donde guardo lo poco que me traen los chicos; no necesito encerrar nunca mi dinero porque no le tengo, hija mia; ¡ah, ah! buena falta me hace tenerlo. Este es un pobre oficio, Nancy; pero cómo ha de ser; me gusta ver á mi alrededor á todos esos jóvenes, y me paso... ¡Chut! murmuró, ocultando con viveza la llave en su pecho; ¿qué es eso? ¡Escuchad!

La joven, que estaba sentada delante de la mesa con los brazos cruzados, no pareció hacer caso de la llegada de un extraño, ni inquietarse en averiguar quién podria ser, hasta que una voz de hombre hirió sus oídos.

En el momento, despojóse de su sombrero y su chal con la rapidez del rayo, y los arrojó sobre la mesa. Al volverse el judío, quejábale la joven de que hacia mucho calor, con cierto abandono que contrastaba singularmente con la extremada ligereza de su accion que no habia notado Fagin.

— ¡Bah! dijo en voz baja el judío, como si le contrariase el ser interrumpido, es el hombre que esperaba antes... Ya baja la escalera; no digais una palabra del dinero mientras esté aquí, Nancy, pues no permanecerá con nosotros mas que diez minutos.

El judío se llevó á los labios su descarnado dedo, y se dirigió hácia la puerta con la luz en la mano, en tanto que se oian en la escalera los pasos de un hombre, el cual, penetrando rápidamente en la habitacion, se encontró cerca de la joven antes de haber notado su presencia.

Aquel hombre era Monks.

— Es una de mis discípulas, dijo el judío, viendo que Monks retrocedía á la vista de una extraña. No os movais, Nancy.

La joven se acercó á la mesa, miró á Monks con aire inquieto y volvió despues los ojos; pero al volverse hácia el judío, dirigióle una mirada tan penetrante y tan resuelta, que un observador oculto, al ver aquel cambio de fisonomía, hubiera dudado si las dos miradas eran de la misma persona.

— ¿Teneis noticias? preguntó el judío.

— Importantes, contestó Monks.

— ¿Y... buenas? preguntó el judío vacilando, como si temiese contrariar á su interlocutor.

— No son malas, contestó Monks sonriendo; esta vez me he manejado bien... Quisiera hablaros dos palabras.

La joven, que estaba apoyada contra la mesa, no parecia dispuesta á salir del cuarto, aun cuando veia que Monks la señalaba con el dedo al judío. Temiendo este que Nancy pidiese su dinero si trataba de desembarazarse de ella, hizo una seña á Monks para que subiese la escalera y salió con él. Nancy oyó á Monks decir á su compañero:

— No me lleveis al menos á ese infernal agujero donde estuvimos la otra vez.

Sonrióse el judío y contestó algunas palabras que la joven no pudo entender. En el crujido de la escalera conoció que los dos hombres se dirigian al segundo piso.

Antes que dejara de oirse el ruido de sus pasos, la joven se habia quitado los zapatos, y echándose el vestido sobre la cabeza para ocultar sus brazos, permanecia detrás de la puerta escuchando con una curiosidad que no la dejaba respirar. Apenas cesó el ruido, deslizóse fuera de la habitacion, subió la escalera sin hacer ruido, con una increíble ligereza, y desapareció en la oscuridad.

El aposento quedó solo durante un cuarto de hora. Al cabo de este, volvió á bajar la joven con la misma ligereza, y casi en el mismo instante, oyóse bajar á los dos hombres. Monks salió á la calle y el judío volvió á subir para buscar el dinero. Al entrar, Nancy se ponía el chal y el sombrero, preparándose á salir.

— ¡Dios mio! Nancy, exclamó el judío retrocediendo un paso despues de poner la luz sobre la mesa, ¡qué pálida estais!

— ¿Pálida? repitió la joven poniéndose las manos sobre los ojos para mirar fijamente al judío.

— Espantosamente pálida, dijo Fagin. ¿Qué habeis hecho aquí, estando sola?

— Nada, contestó la joven con indiferencia; será acaso por haber permanecido aquí inmóvil tanto tiempo. Vamos, despachadme pronto, que esto no es nada.

El judío contó el dinero, exhalando un suspiro á cada moneda de plata, y terminada la operacion, separóse sin despedirse de Nancy.

Cuando la joven estuvo en la calle, sentóse en los escalones de una puerta, y durante algunos momentos pareció completamente extraviada é incapaz de continuar su camino. Levantóse de repente, y lanzándose en una direccion enteramente opuesta á la de la casa de Sikes, apresuró el paso, y acabó por correr como una loca. Agobiada por el cansancio detúvose para tomar aliento, y como si volviese de pronto en si misma, y deplorara la impotencia en que se veia de hacer alguna cosa que la preocupaba, retorcióse las manos y rompió á llorar.

Sin duda las lágrimas desahogaron un poco su corazón, ó bien se resignó al conocer su situacion desesperada, pues volviendo sobre sus pasos, comenzó á correr de nuevo en sentido opuesto, ya para ganar el tiempo perdido ó bien para dar tregua á los pensamientos que la agitaban. Al poco tiempo llegó á casa del bandido, que la esperaba impaciente.

Si su exterior revelaba alguna agitacion, Sikes no lo notó al menos, y contentóse con preguntar tan solo si traia el dinero. Al oír la respuesta afirmativa, hizo un gesto de satisfaccion, y dejando caer la cabeza sobre la almohada, continuó su interrumpido sueño.

Felizmente para la joven, Sikes, una vez en posesion del dinero, empleó todo el dia siguiente en comer y beber, lo que contribuyó notablemente á dulcificar su carácter, evitando que hiciese la menor observacion acerca del estado de su compañera. Nancy sin embargo tenia el aire inquieto de una persona que piensa arriesgar uno de esos golpes atrevidos y peligrosos á los cuales no se resuelve uno sino despues de una lucha violenta. El judío, con su mirada de lince, no hubiera dejado de reconocer aquellos sintomas y de alarmarse; pero Sikes, que no era tan ducho como él, no manifestó otras sospechas que las que podia inspirarle su ruda y vulgar desconfianza de todo el mundo. Además, hallábase, contra su costumbre, de muy buen humor aquel dia, y no observó nada, ocupándose tan poco de Nancy, que la turbacion de la joven hubiera podido ser mil veces mas visible, sin que despertara su atencion.

A medida que adelantaba el dia aumentábase la agitacion de Nancy, y al llegar la noche, sentóse, aguardando á que se durmiera el bandido. Estaban sus mejillas tan pálidas, era tan ardiente su mirada, que Sikes no pudo menos de notarlo.

Debilitado por la fiebre, hallábase tendido en la cama, bebiendo su ginebra para calmarse; era la tercera vez que alargaba su vaso á Nancy, cuando le chocó el aspecto de la joven.

— ¡El diablo me lleve, exclamó incorporándose sobre un brazo para mirar de frente á Nancy, si no pareceis una fantasma! ¿Qué tienes?

— Nada, contestó la joven; ¿por qué me miras así?

— ¿Qué tonterias son esas? dijo Sikes sacudiéndola rudamente por el brazo. Vamos, ¿qué significa esto? ¿En qué piensas? ¡Vamos, vamos!

— Pienso en muchas cosas, Guillermo, replicó la joven estremeciéndose y ocultando el rostro entre las manos; pero, ¡bah! ¿qué importa?

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de fingida alegría que produjo en Sikes una impresion mas profunda que la que sintió al ver las descompuestas facciones de la joven.

— Escúchame, dijo Sikes; si no estás atacada de la fiebre, te pasa alguna cosa extraña, sí, alguna cosa mala.

¿Supongo que no irias?... ¡Ah! no, no hay miedo de que hagais eso.

— ¿Que haga el qué?

— No, no, replicó Sikes mirándola fijamente y hablándose á si mismo. No hay mujer que tenga el corazón mas leal; si así no fuera, ya la hubiera cortado el cuello hace tres meses. Eso debe ser la fiebre; no hay duda.

Esta idea tranquilizó al bandido, y bebiéndose de un trago el contenido de su vaso, pidió blasfemando su medicina. Levantóse la joven presurosa, y vertiendo la pocion en una taza se la entregó.

— Ahora, dijo Sikes, ven á sentarte á mi lado y pon otra cara, si no quieres que te la arregle de modo que no te la reconozcas al mirarte en el espejo.

Nancy obedeció, y Sikes, cogiendo su mano la estrechó en la suya, á tiempo que dejaba caer la cabeza sobre la almohada con la vista siempre fija en la joven. Despues cerró los ojos dos ó tres veces volviendo á entretenerlos otras tantas; el bandido estaba inquieto; adormecíase unos minutos y volvía á despertarse lanzando en torno suyo una mirada de terror; despues quedóse con los ojos fijos, y al fin cayó en un pesado y profundo sueño. Su mano soltó la de Nancy, dejó caer el brazo con languidez, y pareció hallarse acometido de una profunda catalepsia.

— El láudano ha producido al fin su efecto, murmuró la joven, separándose de la cabecera de la cama. Acaso sea ya demasiado tarde.

Al decir estas palabras, púsose apresuradamente su sombrero y su chal, no sin dirigir una mirada de temor en torno suyo. A pesar del licor soporifico, parecia que de un momento á otro iba á sentir sobre su hombro la pesada mano de Sikes. Por fin, inclinóse ligeramente sobre la cama, abrazó al bandido, y abriendo en silencio la puerta del cuarto, cerrándola despues con precaucion, salió de la casa corriendo.

En el momento de salir cantaba un sereno las nueve y media.

— ¿Hace mucho que ha dado la media? le preguntó la joven.

— Van á dar los tres cuartos, dijo el hombre levantando el farol para ver el rostro de Nancy.

— Necesito lo menos una hora para llegar, murmuró Nancy desapareciendo como un rayo.

Ya empezaban á cerrarse las tiendas en las callejas que atravesaba para dirigirse de Spitalfields á West-End. Al oír que el reló daba las diez, aumentóse su impaciencia, y apresurando el paso comenzó á codear á los transeúntes á derecha é izquierda, tropezando con todo el mundo, y atravesando sin inquietarse calles llenas de una multitud compacta, que esperaba con impaciencia el momento de pasar de un lado á otro.

— Es una loca, decian algunos viéndola correr desatinada.

Cuando hubo llegado á uno de los barrios principales de la ciudad, las calles estaban en comparacion mas desiertas, y su rápida carrera pareció excitar mas curiosidad entre los paseantes ociosos. Algunos apresuraban el paso para ver dónde iba tan aprisa, y otros, que iban delante, se volvian para mirarla, admirados de verla andar de aquel modo; pero unos y otros se alejaron al fin, y al llegar la joven al sitio donde se dirigia, hallábase enteramente sola.

Detúvose ante un edificio situado en una de esas pacíficas y bien habitadas calles inmediatas á Hyde-Park. En el momento en que, merced á la brillante claridad del gas, acababa de reconocer la casa, dieron las once, y entonces comenzó á vacilar no sabiendo si retroceder ó seguir adelante. Pero al oír el reló, decidióse por fin, y se detuvo en el vestibulo. No encontrando á nadie en la portería, miró á su alrededor con incertidumbre y se dirigió hácia la escalera.

— ¡Eh! joven, gritó una doncella de aspecto procaz abriendo una puertecilla y mirando á Nancy; ¿por quién preguntais?

— Por una señora que vive en esta casa.

— ¡Una señora! replicó la otra con aire desdenoso; ¿qué señora, si gustais?

— La señorita Maylie, dijo Nancy.

La doncella, que durante este tiempo la habia examinado de piés á cabeza, no contestó sino con una mirada de supremo desden, y llamó á un lacayo para que diese razon. Nancy le dirigió la misma pregunta.

— ¿A quién debo anunciar? preguntó el lacayo.

— Es inútil que os diga mi nombre.

— ¿A qué venis?

— Tampoco puedo deciroslo: es preciso que yo vea á esa señora.

— Vaya, dijo el lacayo empujándola hácia la puerta; acabemos pronto; despejad.

— En ese caso será preciso que me arrojéis fuera, replicó la joven con acento de cólera, y yo os aseguro que para eso no bastan dos de vosotros. ¿No hay aquí nadie, añadió mirando á su alrededor, que quiera hacer esta comision para una pobre desgraciada como yo?

Aquel llamamiento produjo su efecto en un cocinero grueso, que en medio de otros criados presenciaba la escena, y avanzando algunos pasos exclamó:

— Vamos, José, haz lo que te pide.

— ¿Y para qué? ¿Creeis que la señorita recibirá á una mujer como esta?

Esta alusion á la moralidad dudosa de Nancy, fué causa de que cuatro criadas, testigos de la escena, lanzasen exclamaciones de pudor ofendido.

— Una criatura como esa, decian ellas, es la vergüenza de nuestro sexo, y se la debe arrojar sin piedad á un canal.

— Haced de mí lo que queráis, repuso la jóven volviéndose hácia los criados; pero prestadme el servicio que os pido. ¡Hacedlo por amor de Dios!

El sensible cocinero unió sus instancias á las de Nancy, y el lacayo que apareció primero, consintió en pasar el recado.

— ¿Qué diré? preguntó al poner el pié en el primer escalon.

— Decid que una jóven pide con instancia hablar á solas con la señorita Maylie, dijo Nancy, y que si la señorita consiente en oír solo una palabra de lo que tengo que decirle, podrá escuchar lo demás, ó disponer que me arrojen á la calle como embustera.

— ¡Diablo! dijo el lacayo, ¡qué aprisa vais!

— Subid, dijo la jóven con firmeza, y sepa yo pronto la contestacion.

El criado subió rápidamente la escalera, y Nancy pálida y respirando apenas, esperó con la mayor impaciencia. Con los labios temblorosos, y aparentando el mas profundo desprecio, escuchó las ultrajantes palabras de las criadas, que no cesaron de hablar hasta que volvió el criado á decir á la jóven que podia subir.

— De nada sirve ser mujer honrada en este mundo, dijo la primera criada.

— Parece que el cobre vale mas que el oro que ha pasado por el fuego, dijo la segunda.

La tercera se contentó con decir: «¡Lo que son las grandes señoras!» y la cuarta lanzó una exclamacion, que fué repetida por todo el coro de aquellas castas Dianas.

Sin hacer aprecio de todo aquello, Nancy, pensando en cosas mas serias, siguió temblorosa al criado, quien la introdujo en una pequeña antecámara, iluminada por una lámpara suspendida del techo. Invitóla el criado á que se sentase, y la dejó sola.

XL.

Nancy habia arrastrado una existencia miserable en las calles, en los tabucos y en los mas asquerosos lupanares de Lóndres; pero aun le quedaba algo de los sentimientos de la mujer. Al oír el paso ligero de una persona que se acercaba, al pensar en el extraño contraste que iba á resultar al encontrarse junto á la señorita de Maylie, sintióse agobiada bajo el peso de su propia vergüenza y retrocedió: parecióle que no podia soportar la presencia de aquella á quien tanto habia deseado ver.

Pero el orgullo entró en la lucha con sus buenos sentimientos; el orgullo, vicio inherente á los seres mas bajos y degradados, como á las naturalezas mas nobles y elevadas. La infame compañera de los bandidos y ladrones, la guardiana de sus impuras cloacas, la cómplice de tantos criminales, aquella mujer que vivia á la sombra del cadalso, aquella criatura envilecida, tenia aun demasiado orgullo para dejar conocer un sentimiento de emociion que miraba como una debilidad. Y sin embargo, aquel sentimiento era el único lazo que la unia aun á su sexo.

Al levantar los ojos vió que tenia delante una hermosa jóven; entonces bajó la vista, movió la cabeza, y afectando la mayor indiferencia dijo:

— Es muy difícil penetrar hasta vos, señorita; si por haberme incomodado me hubiese ido, acaso lo habriais sentido algun dia.

— Siento mucho que os hayan hecho tan mala recepcion, replicó; pero no penseis mas en eso. Decidme lo que os trae; ¿es á mí á quien queriais hablar?

El tono benévolo que acompañó á esta respuesta, la dulce voz y las maneras afables de la jóven, que no revelaban orgullo ni descontento, excitaron la sorpresa de Nancy y rompió á llorar.

— ¡Oh! señorita, señorita, exclamó ocultando el rostro entre las manos, si hubiera mas como vos, habria menos como yo. ¡Oh, es bien seguro!

— Sentaos, dijo Rosa, me estais dando pena. Si sois pobre y desgraciada, será para mí una verdadera felicidad el poder ayudaros en algo; pero sentaos, yo os lo ruego.

— No, permitidme estar de pié y no me habreis con tanta bondad antes de conocerme... Esa puerta... ¿está cerrada?

— Sí, contestó Rosa retrocediendo algunos pasos como

para estar mas al alcance de la voz en caso de tener que pedir socorro. ¿Por qué me haceis esa pregunta?

— Porque voy á poner mi vida y la de muchas personas en vuestras manos. Yo soy la que condujo por fuerza al pobre Oliverio á casa de Fagin el judío, la noche que el chico salió de Pentonville.

— ¿Vos? dijo Rosa.

— Yo misma; ¡yo soy la miserable de quien habeis oído hablar, y la que vive en medio de los bandidos, sin haber tenido nunca otra existencia! ¡Jamás he oído mas dulces palabras que las que ellos me han dirigido! ¡Dios tenga compasion de mí! No trateis de ocultar el horror que os inspiro, señorita; soy mas jóven de lo que parezco, mas no es esta la primera vez que infundo temor. Las mismas pobres retroceden cuando paso á su lado por la calle.

— ¡Qué cosas tan horribles me decís! repuso Rosa, alejándose involuntariamente de aquella extraña mujer.

— ¡Oh, querida señorita, dad de rodillas gracias al cielo porque os ha deparado amigos para vigilaros y cuidar de vuestra infancia! Dadle gracias por no haberos expuesto al frío, al hambre, á una vida disipada y á alguna otra cosa peor, como me ha sucedido á mí desde la cuna. ¡Sí, bien puedo decirlo; el arroyo de una calle fué mi cuna, y acaso será tambien mi lecho de muerte!

— Me estais afligiendo, dijo Rosa con voz conmovida y entrecortada; mi corazon se oprime solo con oiros.

— Bendita seais por vuestra bondad; si supierais lo que soy algunas veces, quizás me compadeceriais mucho mas. Me he escapado de entre las manos de aquellos, que no dejarían de matarme si supiesen que estoy aquí; y me he escapado para revelaros un secreto que acabo de sorprender. ¿Conoceis á un hombre llamado Monks?

— No, contestó Rosa.

— Pues él os conoce, sabe que estais aquí, y gracias á que le oí dar vuestras señas, he podido venir á veros.

— Nunca he oído pronunciar ese nombre.

— Entonces es que ha cambiado de nombre entre nos-



NANTES. — Monumento levantado á la memoria de M. Billault.

otros, lo cual ya sospechaba yo. Hace algun tiempo, pocos dias despues de la famosa noche del robo, en que introdujeron á Oliverio en vuestra casa, oi una conversacion de aquel hombre y Fagin, cierta noche que estaban juntos, y descubrí que Monks, como nosotros le llamamos... pero que vos...

— Sí, sí, dijo Rosa, ya lo sé... despues...

— Parece que Monks le vió por casualidad el dia que nosotros le perdimos por la primera vez, y que reconoció en él al momento el muchacho que buscaba.

(Se continuará.)

Inauguracion

de la

ESTATUA DE M. BILLAULT

EN NANTES.

Nantes 16 de setiembre.

Ayer tuvo lugar la inauguracion del monumento elevado por la ciudad de Nantes á la memoria de M. Billault. Este monumento se eleva en la plaza del Palacio de Justicia, enfrente de la calle Lafayette, y se compone de una estatua erigida sobre un pedestal tetrastilo, en cuyos ángulos se ven agrupadas cuatro figuras sentadas que representan la Historia, la Elocuencia, la Jurisprudencia y la Justicia. Estas cuatro figuras se deben, como la estatua, al cincel de un artista nantés, M. Amadeo Menard, y han sido vaciadas en bronce en los talleres de M. Voruz. La disposicion general del monumento es obra de M. Chénantais, arquitecto.

La ceremonia de inauguracion fué presidida por S. E. M. Rouher. El emperador estaba representado por el diputado vizconde Thoinnet de la Turmelière, uno de sus chambelanes; todos los miembros de la familia del difunto M. Billault se hallaban presentes, y entre la concurrencia se distinguian M. Boudet, primer vicepresidente del Senado, M. Delangle, el general Mellinet, M. Chevreau, prefecto del Ródano, etc.; los prefectos y subprefectos de un crecido número de departamentos, y varios representantes de la prensa parisiense.

A las tres de la tarde M. Rouher tomó asiento en el estrado levantado enfrente de la estatua. M. Renoul, que reemplazaba al alcalde, ausente por un luto de familia, tomó la palabra, y dirigiéndose á M. Rouher, trazó la historia de la juventud del difunto ministro, desde el momento en que «jóven y simple abogado, hacia sus primeras pruebas en el foro de Nantes,» hasta el dia en que comenzó su carrera de hombre de Estado. Recordando despues cuál fué la vida privada de M. Billault, M. Renoul hizo el elogio del carácter y virtudes del «hombre honrado, del hombre íntegro, que ofreció en toda su carrera administrativa el raro ejemplo de una vida pura de todos esos extravíos harto frecuentes en nuestra época.»

M. Rouher leyó seguidamente un largo discurso en el cual resumió, con su acostumbrada elocuencia, las diferentes fases de la vida política de M. Billault, «de esa carrera que comienza en una familia modesta, en un humilde colegio de Bretaña, y sube todos los grados de la gerarquía social hasta la cumbre de los honores.»

Por la tarde un banquete reunia á los convidados en el recinto del teatro decorado espléndidamente. M. Renoul brindó por el emperador, y M. Polo, presidente del tribunal de Comercio, por M. Rouher. M. Polo expresó deseos por la ejecucion de varias grandes obras, y principalmente por la creacion de un canal marítimo, que al reemplazar el cauce del Loira, que ha venido á ser insuficiente, y al hacer de Nantes un puerto accesible á la navegacion toda, dará un nuevo impulso á su comercio. Estas consideraciones fueron acogidas con aplausos. M. Rouher respondió á ellas dando la seguridad del benévolo concurso que presta el gobierno á toda empresa útil para la grandeza y los intereses del país, y formando votos por la prosperidad del comercio de Nantes y por el desarrollo de su industria.

P. P.